

CRISTIANDAD

Año XIV - Núm. 432

BARCELONA

FEBRERO 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860-1958



SUMARIO

**EXHORTACION DE PAULO VI
EN EL CENTENARIO
DE SAN PEDRO Y SAN PABLO**

**«LE PAYSAN DE LA GARONNE»
de J. Maritain**

**FRAGMENTOS
DE LA «PASCENDI» DE S. PIO X**

**CRISTIANISMO SIN DIOS
Y SIN RELIGION
Juan Roig Gironella, S. I.**

**«SINCERS ENVERS DEU»
Dr. Robinson (Fragmentos)**

CON PIEL DE OVEJA

**LA DOCTRINA DE LA CRUZ
SEGUN EL EVANGELIO I
Roberto Cayuela, S. I.**

**«LA IGLESIA Y LA MASONERIA»
Alfonso Roy**

**AL MEDIO SIGLO DE 1917
EN LA TEOLOGIA
DE LA HISTORIA - I
Luis Creus Vidal**

**UN ANGLICANO JUZGA
LA IGLESIA**

**BERTOLT BRECHT,
UN PESIMISMO ESENCIAL
Francisco Salva Miquel**

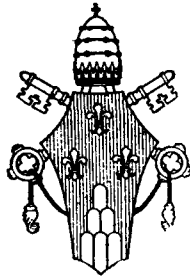
**CARTA DE UN SEGLAR
HOLANDES
A SUS COMPATRIOTAS
PROGRESISTAS
Jean van der Stuaap**

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775.

**ADMINISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46**

Director: Fernando Serrano Misas

«...CON EL PRETEXTO DE ADAPTAR LAS IDEAS RELIGIOSAS AL MUNDO MODERNO, SE PRESCINDE DE LA GUIA DEL MAGISTERIO ECLESIASTICO...»



Dejando a las discusiones eruditas la exacta determinación de la fecha del martirio de los dos apóstoles, hemos escogido el año presente para las celebraciones centenarias, siguiendo en esto el ejemplo de nuestro venerado predecesor Pío IX, el cual, basándose en algunas fuentes (Cfr. S. Hieronym: "De viris illustribus; Martyrologium Hieronymianum; Liber Pontificalis", Duchesne, París, I, páginas 118-119), quiso solemnemente recordar en 1867 el martirio de Pedro.

Y ya que, además, la primera comunidad cristiana de Roma exaltó juntamente el martirio de Pedro y Pablo, y a continuación la Iglesia fijó la fiesta anual del uno y del otro apóstol en una única fiesta litúrgica (29 de junio), Nos hemos pensado unir también, en estas fiestas centenarias, el glorioso martirio de los Príncipes de los Apóstoles.

La educación moderna, en el "sentido de la historia", se adapta fácilmente a estas reflexiones, mientras que el culto de las sagradas tradiciones, elemento principal de la espiritualidad católica, estimula a la memoria, enciende el espíritu y sugiere los propósitos, gracias a los cuales el aniversario viene a constituir una alegre y piadosa festividad que infunde el deseo de revivir los antiguos y venerables acontecimientos y abre la mirada sobre el horizonte del tiempo pasado y futuro, como si un secreto designio lo unificase todo y le marcase, en la futura comunión de los santos, su extremo destino. Esta espiritual experiencia nos parece que debe especialmente tener lugar mediante la evocación de los primeros apóstoles, Pedro y Pablo, que pagaron su humano tributo a la caducidad temporal mediante el martirio por Cristo, y que de la inmortalidad de Cristo nos dejaron a nosotros, y hasta los últimos tiempos, el sacramento perenne de la Iglesia, ganándose para sí la "herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible... reservada en los cielos" (I Pet., 1, 4). Y tanto más nos place conmemorar con vosotros, venerables hermanos e hijos amadísimos, este aniversario cuanto más estos beatos apóstoles Pedro y Pablo no solamente son nuestros, sino también vuestros: ellos son gloria de toda la Iglesia, porque a ellos conviene el elogio que puede leerse en la segunda carta a los corintios: "apostoli ecclesiarum, gloria Christi" (Ibíd., 8, 23), y de ellos sale todavía para toda la Iglesia aquella voz "gloria vestra sumus et vos nostra" (II or., 1, 14). Porque si a este trágico y bendito suelo romano le tocó recoger su sangre y custodiar, como inestimables trofeos, sus tumbas, y a la

Iglesia de Roma correspondió la inestimable prerrogativa de asumir y continuar su misión específica, todo esto tiene como finalidad la Iglesia local, sino más bien la Iglesia entera, consistiendo principalmente aquella misión en hacer de centro de la Iglesia y en el dilatar la visible y mística circunferencia hasta los confines de la universalidad; la unidad, es decir, y la catolicidad, que en virtud de los Santos apóstoles Pedro y Pablo tienen en la Iglesia de Roma su sede principal, histórica y local, son propiedad y son notas distintas de toda la verdadera y grande familia de Cristo, son dones de todo el pueblo de Dios, para el cual la viva y fiel tradición romana los custodia, los defiende, los distribuye y los aumenta.

Por eso nuestra invitación, además de dirigirse a nuestra amada diócesis de Roma, de la cual son celestiales Patronos, es para vosotros todos, sucesores de los apóstoles y pastores de la Iglesia universal en cuanto componentes con Nos de aquel Colegio Episcopal, que el reciente Concilio Ecuménico, con tanta riqueza de doctrina y con tantas buenas promesas de futuros incrementos celestiales, ilustró; y para vosotros, fieles y ministros de la Santa Iglesia; y también, si Dios lo quiere, para aquellos hermanos todos que si bien todavía no se hallan en plena comunión con nosotros, sin embargo se glorían del nombre de cristianos, y que con todo placer sabemos que son devotos de la memoria y del espíritu de los dos Príncipes de los Apóstoles. En especial recordamos con viva satisfacción de nuestro espíritu que las venerables Iglesias orientales celebran solemnemente en su liturgia los dos "Corifeos de los Apóstoles" y mantienen vivo su culto entre el pueblo cristiano. Nos complace también poner de relieve como en las Iglesias y Comunidades eclesiásticas separadas del Occidente se mantiene viva la idea de la apostolicidad, que la presente celebración tiende a reforzar cada vez más y hacerle más operante; idea que fue admirablemente expresada por San Pablo cuando dijo: "superedificati super fundamentum apostolorum" (Eph., 2, 20).

¿Y en qué consiste prácticamente nuestra invitación? ¿Cómo celebraremos juntos un aniversario tan significativo? Es costumbre de esta Sede apostólica, cuando quiere hacer solemne y universal una fecha especial, conceder algún beneficio espiritual (y no nos negamos a hacerlo también en la ocasión presente); pero esta vez, más que dar, querríamos pedir; más que ofrecer, querríamos solicitar. Y nuestra petición es sencilla y grande: Nos os rogamos a todos, hermanos e hijos nuestros, que queráis celebrar la memoria de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, testigos con la palabra y con la sangre de la fe de Cristo, con una auténtica y sincera profesión de la misma fe, como la Iglesia, por ellos fundada e ilustrada, la ha recogido celosamente y autorizadamente la ha formulado. Queremos ofrecer a los beatos apóstoles una profesión de fe individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y

franca. Queremos que esta profesión suba desde lo más íntimo de todo corazón fiel resonando, idéntica y amorosa, en toda la Iglesia.

¿Qué mejor tributo de recuerdo, de honor y de comunión podríamos ofrecer a Pedro y Pablo que el de aquella fe misma que de ellos hemos heredado?

Vosotros sabéis muy bien que el mismo Padre celestial reveló a Pedro quién era Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro y el Salvador, del cual nos deriva a nosotros la gracia y la verdad (Cfr. Jo., 1, 14), nuestra salvación y el corazón de nuestra fe; vosotros sabéis que sobre la fe de Pedro se apoya todo el edificio de la Santa Iglesia (fr. Mt., 16, 16-19); vosotros sabéis que cuando muchos abandonan a Jesús, después del discurso de Cafarnaum, fue Pedro quien en nombre del Colegio Apostólico proclamó la fe en Cristo, Hijo de Dios (Cfr. Jo., 6, 68-69); vosotros sabéis que Jesucristo mismo, con su oración personal, se ha hecho garantía de la indefectibilidad de Pedro, y ha encomendado a él, a pesar de su debilidad humana, el oficio de confirmar en ella a sus hermanos (Cfr. Luc., 22, 32), y también sabéis que la Iglesia viviente ha tomado principio, venido del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, con el testimonio de la fe de Pedro (Cfr. Act., 2, 32, 40). ¿Qué podríamos nosotros pedir a Pedro para provecho nuestro, qué podríamos ofrecer en su honor si no esta fe, de donde toma sus orígenes nuestra salud espiritual y nuestra promesa, por él exigida, de ser "fuertes en la fe"? (I Petr., 5, 9).

De la misma manera os es conocido qué paladín de la fe fue San Pablo; a él debe la Iglesia la doctrina fundamental de la fe como principio de nuestra justificación, es decir, de nuestra salvación y de nuestras relaciones sobrenaturales con Dios; a él la primera determinación telógica del misterio cristiano, a él el primer análisis del acto de la fe, a él la afirmación y la relación entre la fe, única e inconfundible, y la consistencia de la Iglesia visible, comunitaria y jerárquica. ¿Cómo no invocarlo cual maestro nuestro perenne de fe; cómo no pedirle la grande y esperada fortuna de la reintegración de todos los cristianos en una única fe, en una única esperanza y en una única caridad del único Cuerpo Místico de Cristo? (Cfr. Eph., 4, 4-16). Y ¿cómo no depone sobre su tumba "de apóstol y de mártir" nuestro decidido propósito de profesar, con valor apostólico, con anhelo misional, aquella fe que él enseñó y transmitió a la Iglesia y al mundo con su palabra, con sus escritos, con su ejemplo y con su sangre?

De esta manera nos sonríe la esperanza de que la conmemoración centenaria del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo se resuelva, principalmente para toda la Iglesia, en un gran acto de fe. Y queremos vislumbrar en este aniversario la feliz ocasión que la divina Providencia ofrece al pueblo de Dios para que adquiera una exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla.

No podemos ignorar que la hora presente tiene de ello una gran necesidad. A vosotros, venerables hermanos e hijos carísimos, os es conocido de qué manera la evolución del mundo moderno, lanzado hacia las admirables conquistas del dominio de las cosas exteriores, y orgulloso de una conciencia cada vez mayor de sí mismo, se muestra propenso al olvido y a la negación de Dios, sintiéndose luego atormentado por los desequilibrios lógicos, morales y sociales que la decadencia religiosa trae consigo misma y resignándose al ver al hombre agitado por turbias pasiones e implacables angustias; donde falta Dios, falta la razón suprema de las cosas, falta la luz primera del pensamiento, falta el indiscutible imperativo moral, del cual el orden humano tiene necesidad (Cfr. S. Aug.: "De civ. Dei", 8, 4; PL. 41, 228-229; Cfr. "Contra Faustum", 20, 7; PL., 42, 372).

Y mientras decae el sentido religioso entre los hombres de nuestro tiempo, privando a la fe de su fundamento natural, opiniones exegéticas o teológicas, tomadas muchas veces de los más audaces, pero ciegas filosofías profanas, se insinúan acá y allá en el campo de la doctrina católica, poniendo en duda o deformando el sentido objetivo de verdaderas autorizadamente enseñadas por la Iglesia, y con el pretexto de adaptar las ideas religiosas a la mentalidad del mundo moderno, se prescinde de la guía del magisterio eclesiástico, se da a la especulación teológica una dirección radicalmente historicista, se tiene la osadía de despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico y sagrado y se intenta introducir en el pueblo de Dios una mentalidad que llaman "posconciliar", que del Concilio deja a un lado la firme coherencia de sus amplios y magníficos desarrollos doctrinales y legislativos, con el tesoro de ideas y de normas prácticas de la Iglesia, para despojarlas de su espíritu de fidelidad tradicional y para difundir la ilusión de dar del cristianismo una nueva interpretación, arbitraria y estéril. ¿Qué quedaría del contenido de nuestra fe y de las virtudes teologales, que en ella se profesan, si estos intentos, lejos de la aprobación del magisterio eclesiástico, hubieran de prevalecer?

Y he aquí que para confortar nuestra fe en su auténtico significado, para estimular el estudio de las doctrinas enunciadas por el reciente Concilio Ecuménico, para sostener el esfuerzo del ideario católico, en la búsqueda de nuevas y originales expresiones, fieles siempre al "depósito" doctrinal de la Iglesia, "eodem sensu eodemque sententia" (Cfr. Vinc. Lerin: "Commonitorium", 1, 23; PL., 50, 668; DS, 3020), llega, traído en las alas del tiempo, este aniversario apostólico, que ofrece a todos los hijos de la Santa Iglesia la feliz oportunidad

de dar a Jesucristo, Hijo de Dios, mediador y consumidor de la revelación, la humilde y enaltecida respuesta "Yo creo", es decir, el pleno consentimiento de la inteligencia y de la voluntad a sus Palabras, a su Persona, a su Misión salvadora (Cfr. Ebr., 12, 2); Conc. Vat. I, Const. Dogm. "De Fide Catholica", cap. 3, Denz. Schön, 3008-3020; Conc. Vat. II, Const. Dogm. "Lumen Gentium", 5, etc.; Const. Dogm. "De Divina Revelatione", 5, 8), y de honrar así a estos altos testimonios de Cristo, Pedro y Pablo, renovando el compromiso cristiano de una sincera y activa profesión de fe, suya y nuestra, y orando todavía y trabajando por la recomposición de todos los cristianos en la unidad de la misma fe.

Nos no tenemos intención de proclamar, para este fin, un especial Jubileo, cuando hace poco que hemos celebrado el anunciado por Nos como conclusión del Concilio Ecuménico; pero fraternamente os exhortamos a vosotros todos, venerables hermanos en el episcopado, para que queráis ilustrar con la palabra, queráis honrar con especiales solemnidades religiosas y, sobre todo, queráis rezar solemne y repetidamente con vuestros sacerdotes y con vuestros fieles el "Credo", en cualquiera de las fórmulas que se usan dentro de la piedad católica.

Nos agradecerá saber que el "Credo" ha sido rezado expresamente, en honor de los Santos Pedro y Pablo, en todas las catedrales, en presencia del obispo, del presbiterio, de los alumnos de los seminarios, de los seglares católicos que militan por el Reino de Cristo, de los religiosos y religiosas y del mayor número posible de la santa asamblea de los fieles. Hágase lo mismo en cada parroquia, por parte de las propias comunidades, y otro tanto en las Casas religiosas. De la misma manera os sugerimos que esta profesión de fe sea pronunciada, en un día establecido, en cada una de las casas donde habite una familia cristiana, en todas las asociaciones católicas, en todos los hospitales católicos, en los sitios destinados al culto y en cualquier lugar, lo mismo que en cualquier reunión, donde la voz de la fe pueda ser expresada, reafirmando la adhesión sincera a la común vocación cristiana.

Dirigimos una exhortación especial a los que se dedican al estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología para que quieran contribuir con el magisterio eclesiástico de la Iglesia en el purificar la verdadera fe de todo error, profundizar sus insondables profundidades, explicar rectamente su contenido y proponer los sanos criterios de estudio y de divulgación. Lo mismo decimos a los predicadores, a los profesores de religión y a los catequistas.

(Discurso de Paulo VI en la conmemoración del martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo.)

LE PAYSAN DE LA GARONNE

de J. Maritain

Nota aclaratoria

En nuestro número de enero de 1967, se ha publicado una reseña de este célebre libro de J. Maritain, firmada Pedro Muñoz Iranzo, Pbro. Por un error, se ha omitido el primer párrafo, que explica que se trata de una reproducción del artículo publicado por el Padre Carlo Boyer en "L'Osservatore Romano" del 8 de diciembre 1966, y que el P. Muñoz Iranzo comenta a su vez.

También se ha omitido la cita de *La Fontaine*, que precede la reseña de Carlo Boyer, y sin la cual la primera frase carece de sentido:

"Son menton nourrissait une barbe touffue. Toute sa personne velue. Représentait un ours, mais un ours mal léché."

Para mayor ilustración del lector, publicamos ahora

FRAGMENTOS DEL LIBRO DE J. MARITAIN

(...) *

Uno de los axiomas fundamentales de una sana filosofía de la historia, a menudo lo he notado, es que la historia del mundo progresa *al mismo tiempo* en la línea del mal y en la del bien. En algunas épocas —la nuestra por ejemplo— se ven saltar como en una explosión los efectos de este doble progreso simultáneo. Esto no facilita un ensayo de descripción de estos momentos de la historia de los hombres. Porque es preciso entonces proponer varias descripciones contradictorias y sin embargo verdaderas. Aun las tres descripciones que yo querría proponer no tocan más que a ciertos aspectos de nuestro tiempo (sus aspectos de orden espiritual).

No nos refiramos a la Santa Iglesia en su universalidad visiblemente manifestada, refrámonos al mundo occidental (hablo de él porque lo conozco un poco menos mal que los otros), y pensemos en el trabajo que se hace en sus profundidades. La época aparece muy grande. La visión racionalista y la visión positivista del universo parecen definitivamente caducados, se les tiene hastío (olvidemos un instante que hay peor). Una inmensa fermentación espiritual, de inmensas aspiraciones religiosas está en marcha. Las almas están ávidas de autenticidad, de franqueza, de dedicación a una tarea común; descubren con una especie de embriaguez el misterio del ser humano, las posibilidades y los requisitos del amor fraternal. Es como una nostalgia del Evangelio y de Jesús.

Y allí donde se oye una llamada más próxima y más urgente, sea en sectores más restringidos aunque más poblados de lo que se piensa, sea tal vez en pequeños rebaños, pero en los que las iniciativas cuentan más que todo (nosotros comenzamos, pobres contemporáneos de la

bomba atómica, a saber la potencia de las microacciones), (1)— son una fe ardiente y purificada, una pasión de lo absoluto, un presentimiento ferviente de la libertad, de la largueza y de la variedad de los caminos de Dios, un deseo loco de la perfección de la caridad, los que buscan y encuentran maneras nuevas de dar su vida para dar testimonio del amor de Jesús a todos los hombres y de la generosidad del Espíritu de Dios.

He aquí una primera descripción. La segunda dice todo lo contrario. Teniendo a la vista (es preciso que haga referencia a esto como he advertido más arriba) la fiebre neo-modernista (2), tan contagiosa por lo menos en los círculos llamados "intelectuales", a cuyo lado el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un ligero resfriado, y que encuentra su expresión sobre todo en los pensadores más avanzados especialmente entre nuestros hermanos protestantes (3), pero que es también activa entre los pensadores católicos igualmente avanzados, esta segunda descripción nos presenta el cuadro (4) de una especie de apostasía "inmanente" (que está decidida a permanecer cristiana a toda cosa) en preparación ya desde hace muchos años y que ciertas oscuras espe-

(1) Los santos siempre han sabido esto. Habían leído el Evangelio.

(2) La palabra modernismo ha envejecido, sin embargo no conozco otra mejor; y el haber envejecido la hace, incluso, especialmente buena: pues nada envejece tan rápidamente como la moda y las teorías que hacen de la verdad o de sus formulaciones conceptuales una función del tiempo. El "perspectivismo" asegura no ser modernista, porque, según él, es una misma verdad inmutable la que se expresa por fórmulas conceptuales incompatibles entre ellas que el tiempo hace seguir sucesivamente.

(3) Las divergencias y los conflictos de ideas son tan grandes entre los protestantes como entre los católicos, y podría suceder que, por ejemplo, Taizé diera útiles lecciones a éstos.

(4) Lo que he recogido en este cuadro son las opiniones, no de buscadores honestos, sino de extremistas, cuyos nombres saben bien los expertos en la materia, y también las opiniones que circulan en los medios influenciados por ellos, como entre estos sacerdotes que se jactan de no doblar ya la rodilla ante el sagrario.

* Le Paysan de la Garonne. Desclée de Brouwer. Paris. (Págs. 14-18.)

ranzas de las partes bajas del alma, levantadas aquí y allí con ocasión del Concilio han acelerado su manifestación mentirosamente atribuida a veces al “espíritu del Concilio”, o también al “espíritu de Juan XXIII”. Sabemos bien a quién debe atribuirse la paternidad de tales mentiras (y tanto mejor si por ello el hombre se encuentra un poco exonerado). Pero precisamente no se cree ya en el diablo ni en los ángeles malos, ni en los buenos, naturalmente. No son más que los supervivientes etéreos de una imaginería babilónica.

A decir verdad el contenido objetivo al cual se adhería la fe de nuestros antepasados está enteramente constituido por mitos, como, por ejemplo, el pecado original (nuestra gran preocupación actual, ¿no es acaso la de barrer el complejo de culpabilidad?) y el Evangelio de la Infancia, y la resurrección de los cuerpos, y la creación. Y el Cristo de la historia, desde luego. El método fenomenológico y la escuela de las formas lo han cambiado todo. La distinción de la naturaleza y de la gracia es una invención escolástica, como la transubstanciación. En cuanto al infierno, para qué tomarse la pena de negarlo; es más sencillo olvidarlo. Esto es también, probablemente, lo mejor que se puede hacer con la Encarnación y la Trinidad. Francamente, ¿es que la masa de nuestros cristianos *piensa* jamás en estas cosas o en el alma inmortal y en la vida futura? A la Cruz y a la Redención, última sublimación de los antiguos ritos y mitos inmolatorios, debemos mirarlos como los grandes y emocionantes símbolos, grabados para siempre en nuestra imaginación, del esfuerzo y de los sacrificios colectivos necesarios para llevar la naturaleza y la humanidad al grado de unificación y de espiritualización —y de poder sobre la materia—, en el que serán finalmente liberados de todas las antiguas servidumbres y entrarán en una especie de gloria. ¿Será vencida entonces la muerte? La ciencia quizá encuentre el medio (¿por qué no?, pensaba ya Descartes) de hacernos inmortales; sin embargo no es esto lo que importa, lo que importa es la perennidad del cosmos, y la inmortalidad de la humanidad glorificada en él y por él.

Nuestra fe, habiendo así eliminado debidamente todo objeto específico, puede llegar a ser por fin lo que era realmente, una simple aspiración sublimizadora; podemos ser aspirados en plena euforia por una potente aspiración de aire, recitar con fervor “iluminado” el Símbolo de los Apóstoles (*símbolo*, ¡qué nombre predestinado!) y amar, servir, adorar a Jesús con todo nuestro corazón, el Jesús de la fe y del cristianismo *interior*, verdaderamente visceral.

Ya que, con todo esto, se es más cristiano que nunca. Toda esta gente ha cesado simplemente de creer en la Verdad, y cree solamente en apariencias de verdad prendidas sobre verdades (es decir, constataciones o verificaciones del detalle observable) que, por otra parte, envejecen rápidamente. La Verdad, con V mayúscula, ¿qué quiere decir? *Quid est Veritas*, debemos reconocer que aquel procurador veía claro, e incluso que estaba en

primera línea. Hay que poner minúsculas en todo. “Todo es relativo, he aquí el único principio absoluto”, decía ya nuestro Padre Augusto Comte. Pues se ha liquidado el positivismo clásico, es cierto, pero el hecho es que vivimos en el mundo de Augusto Comte. La Ciencia (lado de la razón) completada por el Mito (lado sentimental). Fue un profeta de primera magnitud.

Añado que era más honesto que vosotros, estudiosos expurgadores de las verdades reveladas, pues los mitos de su “Síntesis subjetiva”, las fabricaba por entero clara, y francamente, y no, como vosotros, reinterpretando toda una herencia religiosa a la que os creéis más fieles que nadie, y tratando de engañar la sed, y el corazón, de aquellos cuya fe os imagináis compartir.

Esta segunda descripción da una idea más completa de nuestra época. Sin embargo, con ella estamos aún lejos de agotar el tema. Es preciso hacer una tercera, que, a su vez, va a descubrirnos otros aspectos. Sabemos bien, en efecto, que uno no puede atenerse a lo que la gente manifiesta en el universo de la lógica, a lo que *son* y *hacen* en testimonio de los enunciados conceptuales que emplean; es preciso hacerse cargo de lo que ocupa su siquismo profundo, o de lo que *son* y *hacen* en el dominio tan singular de lo irreductiblemente subjetivo y de lo irracional, incluso a veces lo que escapa a su propia conciencia.

Desde este punto de vista se puede señalar primeramente que entre todos los que hablan como Pilato hay seguramente muchos, sin embargo, que no han rehusado deliberadamente este deseo de la Verdad sin el cual no se es hombre; entre todos los hombres de ciencia (o de seudociencia) que tienen el aspecto de estar únicamente inquietos por inventar nuevas aproximaciones o nuevas hipótesis hay seguramente muchos que en realidad, y a pesar de lo que ellos puedan decir, no prefieren más buscar que encontrar, ¿pondrían ellos tantas preocupaciones y fatigas en buscar verdades o verificaciones de un día si en las regiones inconscientes o supraconscientes de su espíritu no buscasen y no amasen la Verdad sin saberlo ellos mismos?

Pero lo que, de otra parte, importa sobre todo señalar, es que el desenfrenado modernismo de hoy es irremediablemente ambivalente. Tiende de por sí, aunque de ello se defiende, a arruinar la fe cristiana, sí; se emplea lo más que puede a vaciarla de todo contenido. Pero con esto hay entre gran número de los que a él se adhieren como un esfuerzo para dar a esta fe una especie de testimonio desesperado. Pues es sinceramente, desde luego, y a veces en la fiebre y en la angustia de un alma fundamentalmente religiosa, que los corifeos de nuestro neo-modernismo se declaran cristianos. No olvidemos que ellos son víctimas de una cierta filosofía pre-admitida, de una Gran Sofística (*se conoce el ser a condición de ponerlo entre paréntesis o de hacer abstracción de él*) sobre la cual diré una palabra en otro capítulo, que permite hablar con inteligencia y conmoviendo las fibras de nuestro corazón de un montón de cosas sobre las que el

positivismo había echado el anatema; pero que logró mucho mejor que el positivismo impedirnos alcanzar en esas cosas la menor realidad extra-mental, nada de *lo que es, independientemente de nuestro espíritu*; al intelecto no le queda más que disertar sobre apariencias de verdad, en especial sobre todo lo que pasa en la subjetividad humana. Afirmar la existencia de Dios es, desde entonces, un contra-sentido. La trascendencia divina no es más

que la proyección mítica de un cierto temor colectivo experimentado por el hombre en un momento dado de su historia, y, en general, según la filosofía pre-admitida a que hago alusión aquí, todo lo que se relaciona a un mundo distinto del mundo del hombre no puede referirse más que a lo caducado, si se trata del "arrière monde" del antiguo realismo filosófico, o al Mito, si se trata del mundo sobrenatural de las religiones.

Qué fue aquel modernismo que Maritain califica de "ligero resfriado" frente al neo-modernismo actual, parece oportuno recordarlo con algunos párrafos de su condenación por San Pío X.

P
A
S
C
E
N
C
Í
C
I
A
D
I

... Y ahora, abarcando con una sola mirada la totalidad del sistema, ninguno se maravillará si lo definimos afirmando que es un *conjunto de todas las herejas*. Pues, en verdad, si alguien se hubiera propuesto reunir en uno el jugo y como la esencia de cuantos errores existieron contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que lo han hecho los modernistas. Pero han ido tan lejos que no sólo han destruido la religión católica, sino, como ya hemos indicado, absolutamente toda la religión. Por ello les aplauden tanto los racionalistas; y entre éstos, los más sinceros y los más libres reconocen que han logrado, entre los modernistas, sus mejores y más eficaces auxiliares.

... Pero es preciso reconocer que en estos últimos tiempos ha crecido, en modo extraño, el número de los enemigos de la Cruz de Cristo, los cuales con artes enteramente nuevas y llenas de perfidia se esfuerzan por aniquilar las energías vitales de la Iglesia, y hasta por destruir totalmente, si les fuera posible, el reino de Jesucristo. Guardar silencio no es ya decoroso, si no queremos aparecer infieles al más sacrosanto de Nuestros deberes, y si la bondad de que hasta aquí hemos hecho uso, con esperanza de enmienda, no ha de ser censurada ya como un olvido de Nuestro ministerio. Lo que sobre todo exige de Nos que rompamos sin dilación el silencio es que hoy no es menester ya ir a buscar los fabricantes de errores entre los enemigos declarados: se ocultan, y ello es objeto de grandísimo dolor y angustia, en el seno y gremio mismo de la Iglesia, siendo enemigos tanto más perjudiciales cuanto lo son menos declarados.

Hablamos, Venerables Hermanos, de un gran número de católicos seculares y, lo que es aún más deplorable, hasta de sacerdotes, los cuales so pretexto de amor a la Iglesia, faltos en absoluto de conocimientos serios en Filosofía y Teología, e impregnados, por lo contrario, hasta la médula de los huesos, con venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del Catolicismo, se presentan, con desprecio de toda modestia, como restauradores de la Iglesia, y en apretada falange asaltan con audacia todo cuanto hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar ni aun la propia persona del Divino Redentor, que con sacrilega temeridad rebajan a la categoría de puro y simple hombre.

Tales hombres se extrañan de verse colocados por Nos entre los enemigos de la Iglesia. Pero no se extrañará de ello nadie que, prescindiendo de las intenciones, reservadas al juicio de Dios, conozca sus doctrinas y su manera de hablar y obrar. Son seguramente enemigos de la Iglesia, y no se apartará de lo verdadero quien dijere que ésta no los ha tenido peores. Porque, en efecto, como ya hemos dicho, ellos traman la ruina de la Iglesia, no desde fuera, sino desde dentro: en nuestros días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas; y el daño producido por tales enemigos es tanto más inevitable cuanto más a fondo conocen a la Iglesia. Añádase que

P A S C I E N C I A D I

han aplicado la segur, no a las ramas, ni tampoco a débiles renuevos, sino a la raíz misma; esto es, a la fe y a sus fibras más profundas. Mas una vez herida esa raíz de vida inmortal, se empeñan en que circule el virus por todo el árbol y en tales proporciones que no hay parte alguna de la fe católica donde no pongan su mano, ninguna que no se esfuercen por corromper. Y mientras persiguen por mil caminos su nefasto designio, su táctica es la más insidiosa y páfida. Amalgamando en sus personas al racionalista y al católico, lo hacen con habilidad tan refinada, que fácilmente sorprenden a los incautos. Por otra parte, por su gran temeridad, no hay linaje de consecuencias que les haga retroceder, o, más bien, que no sostengan con obstinación y audacia. Juntan a esto, y es lo más a propósito para engañar, una vida llena de actividad, constancia y ardor singulares hacia todo género de estudios, aspirando a gran-gearse la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables. Por fin, y esto parece quitar toda esperanza de remedio, sus doctrinas les han pervertido el alma de tal modo, que desprecian toda autoridad y no soportan corrección alguna; y atrincherándose en una conciencia mentirosa, nada omiten para que se atribuya a celo sincero de la verdad lo que sólo es obra de la tenacidad y del orgullo. A la verdad, Nos habíamos esperado que algún día volverían sobre sí, y por esa razón habíamos empleado con ellos primero la dulzura como hijos, después la severidad y, por último, aunque muy contra Nuestra voluntad, las reprensiones públicas. Pero no ignoráis Venerables Hermanos, la esterilidad de Nuestros esfuerzos: inclinaron un momento la cabeza para erguirla en seguida con mayor orgullo. Ahora bien: si sólo se tratara de ellos, podríamos Nos tal vez disimular, pero se trata de la Religión católica y de su seguridad. Basta pues de silencio; prolongarlo sería un crimen. Tiempo es de arrancar la máscara a esos hombres y de mostrarlos a la Iglesia entera tales cual son en realidad.

... Fácil es ahora comprender por qué los modernistas se admiran tanto, cuando comprenden que se les reprende o castiga. Lo que se les achaca como culpa, lo tienen ellos como un deber de conciencia. Nadie mejor que ellos comprende las necesidades de las conciencias, pues las penetran más íntimamente que la autoridad eclesiástica. En cierto modo reúnen en sí mismos aquellas necesidades y por eso, se sienten obligados a hablar y escribir públicamente. Castíguelos, si gusta, la autoridad; ellos se apoyan en la conciencia del deber, y por íntima experiencia saben que se les debe alabanzas y no reprensiones. Ya se les alcanza que ni el progreso se hace sin luchas ni hay luchas sin víctimas: sean ellos, pues, las víctimas, a ejemplo de los profetas y Cristo. Ni porque se les trate mal odian a la autoridad; confiesan voluntariamente que ella cumple su deber. Sólo se quejan de que no se les oiga, porque así se retrasa el "progreso" de las almas; llegará, no obstante, la hora de destruir esas tardanzas, pues las leyes de la evolución pueden refrenarse, pero no del todo aniquilarse. Continúan ellos por el camino emprendido; lo continúan, aun después de reprendidos y condenados, encubriendo su increíble audacia con la máscara de una aparente humildad. Doblan fingidamente sus cervices, pero con sus hechos y con sus planes prosiguen más atrevidos lo que emprendieron. Y obran así a ciencia y conciencia, ora porque creen que la autoridad debe ser estimulada y no destruida, ora porque les es necesario continuar en la Iglesia a fin de cambiar insensiblemente la conciencia colectiva. Pero al afirmar eso, no caen en la cuenta de que reconocen que disiente de ellos la conciencia colectiva, y que, por lo tanto, no tienen derecho alguno de ir proclamándose intérpretes de la misma.

... Pero mucha mayor fuerza tiene para obcecar el ánimo e inducirle a error, el orgullo que, hallándose como en su propia casa en la doctrina del modernismo, saca de ella toda clase de pábulo y se reviste de todas las formas. Por orgullo conciben de sí tan atrevida confianza, que vienen a tenerse y proponerse a sí mismos como norma de todos los demás. Por orgullo se glorían vanísimamente, como si fueran los únicos poseedores de la ciencia.

CRISTIANISMO SIN DIOS Y SIN RELIGION

I. ¿DE QUÉ LIBRO SE TRATA?

Hace pocos días experimenté una rara impresión cuando recibí un prospecto editorial en que se anunciaba un libro. Generalmente los editores cuando publican un libro, suelen anunciarlo señalando sólo aquello que creen puede ser una recomendación; pero anunciar un libro que exhorta a la sinceridad con Dios y sin embargo consignar en el mismo prospecto anunciador algunos juicios en que se dice de su autor que es ateo, ¿cómo puede ser? Sin embargo es así. El libro de que se trata lleva en la traducción catalana el título: "Sincer envers Déu" (1); pero el prospecto editorial anunciándolo contiene nueve juicios sobre la obra, dos de los cuales dicen que el autor es ateo.

El primero de estos dos juicios es de A. MacIntyre en *Encounter* y dice así: "Lo que llama la atención en el libro del Dr. Robinson es primero y sobre todo, que el autor es ateo". No puede decirse más claramente. El segundo juicio con la misma acusación de ateísmo es de T. E. Utley en *Sunday Telegraph*, que dice así: "¿Qué le sucedería a un obispo anglicano que no creyese en Dios? Sostengo que ésta es la situación del obispo de Woolwich... Me parece que el autor viola los principios del trato honrado, pues intenta vender como cristiana una mercancía que no tiene relación con el significado histórico y admitido de esta palabra".

Esto es lo que sobre el libro se dice en dos juicios aducidos por la misma propaganda del libro en el prospecto editorial. Más aún, el prólogo a la traducción catalana, debido a la pluma del dominico J. Katelin, aunque con mucha suavidad de expresión, sin embargo termina (y resume) su pensamiento así: "A manera de conclusión podemos decir que cada lector serio sacará provecho de la lectura de esta obra sobre todo si sus [propias] conclusiones referentes a las cuestiones esenciales, son diametralmente opuestas a las del autor" (2).

¿Qué han pretendido, pues, los editores? ¿Que el lector catalán esté enterado de una crisis que otros pasan, y que vaya preparándose para poder por sí mismo replicar a las "cuestiones esenciales" (Dios, sin duda) a trueque de logros accidentales? La sospecha de que esto es lo que pretenden se aviva en quien advierta que al final del libro, después del índice, se invita al lector a comunicar las "críticas, como comentarios y polémicas" que la obra suscitará aquí, como ya los ha suscitado en el extranjero.

Efectivamente, en Inglaterra se produjo desde marzo de 1963 tal revuelo, que en unos siete meses los ejem-

plares vendidos llegaron a 350.000; produjeron tal escándalo y discusión, hasta siendo anglicano su autor, que el arzobispo anglicano de Canterbury, Dr. Miguel Ramsey, creyó que debía intervenir personalmente y declaró contra Robinson, que ya sea arriba, ya sea dentro, o donde sea, cuando hallamos a Dios "es siempre al Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza y que nos ha enviado a su Hijo, nuestro Salvador, que nos conduce a la visión de Dios en el cielo".

Algo semejante vemos en la traducción francesa, pues el título, si bien no traduce literalmente el original inglés, expresa sin embargo su sentido, así: "Dieu sans Dieu", "Dios sin Dios". El traductor francés L. Salleron, ha añadido a modo de prólogo una "Advertencia del traductor al lector católico" (3), para prevenirle y ponerle en guardia contra el libro que va a leer; y efectivamente dice con claridad: "Es, pues, ante todo a simple título de información por lo que traducimos y publicamos este libro".

Creo que el lector catalán, que quizá no tenga a mano la edición francesa, me agradecerá que ahora ponga en su conocimiento algunos párrafos de este prólogo (mucho mejor que el de la edición catalana), párrafos que desde el comienzo dicen de qué se trata: modernismo.

Dice así: "El modernismo nunca ha sido tan virulento como en nuestros días. Pero entre nosotros, se porta de manera relativamente prudente en la expresión. Sea por timidez, sea por temor de alarmar al lector, sea por miedo al Santo Oficio, en todo caso el modernismo católico avanza siempre más o menos disfrazado. Larvatus prodeat. Pero el Dr. Robinson, porque es anglicano, avanza con el rostro descubierto. No quiere esto decir que no tome sus precauciones él mismo, sino que aparecen insignificantes al lado de las que ha de tomar un modernista católico. Leyendo este libro el católico francés que esté seducido por el modernismo, encontrará aquí una reproducción (del modernismo) la más inteligente y la más honesta que de él conocemos. Entonces le plantearemos la pregunta: ¿sientes que eres cristiano de esta manera? ¿Es el tuyo este relativismo existencialista y freudiano? Si respondes que no, ¿comprendes entonces adónde corren el riesgo de conducirte los engranajes entre los cuales pones de buena gana los dedos de tu mano?" (4)

El autor del prólogo francés añade un párrafo en que hace notar también el entronque de este modernismo con la mentalidad de los seguidores de Teilhard de Chardin: "Esto nos es una lección preciosa. El abandono de la Trascendencia divina y de la Encarnación, esto es, el eterno modernismo de siempre. Ante todo el moder-

(1) ROBINSON, John A. T.: *Sincer envers Déu* (Honest to God). Col. "Llibres del Nopal". Barcelona, Ediciones Ariel, S. A., 1966. Todos los textos que citaré se refieren a esta edición, y serán traducidos pero citando las páginas de ella.

(2) O. c., Presentació, pág. 19

(3) ROBINSON, John A. T.: *Dieu sans Dieu. La néo-christianisme d'un évêque anglicain*. Col. Itinéraires. Paris, Nouvelles Editions Latines 1964.

(4) O. c., pág. 8-9.

nismo que podríamos llamar tradicional, aquel que ha sido condenado por Pío X y que hoy día rebrota ferazmente. En segundo lugar el otro modernismo que, según las circunstancias, se adorna con variados colores. En este momento pensamos en Teilhard de Chardin. ¡Paz a sus cenizas! Si el brillo de su poesía cósmica para muchos espíritus buenos tiene verdaderamente valor apologético (como nos lo aseguran), de ello nos alegramos sin reserva. Pero ¿cómo es posible que no se vea que si en él la Trascendencia divina y la Encarnación pueden ponerse en salvo no es más que por la poca atención que les concede, ya que la lógica de su sistema los rechaza casi totalmente? (5).

¿Cuál es, pues, el contenido doctrinal de Robinson en este libro en que presenta un "dios" sin "Dios", bajo pretexto de "ser sinceros con Dios"? Vamos a examinarlo.

II. RESUMEN DEL LIBRO

La obra tiene siete capítulos no numerados, a los que vamos a añadir ahora un número para comodidad de nuestras citas:

1.º Revolución, de mala gana. Este capítulo expresa que querría creer en Dios, pero que para salvar la Fe en Dios de la apostasía de muchos se ha visto conducido a perpetrar esta revolución.

2.º ¿El fin del teísmo? Imagina que sobrevendría el fin del teísmo si sostuviésemos la idea que (siguiendo a Pablo Tillich) llama "sobrenaturalista" (es sencillamente la Fe católica: el hombre tiene una naturaleza finita, Dios, Infinito es realmente distinto de él); o si sostuviésemos el cristianismo con "mitos" (dice siguiendo a Bultmann) y para él son "mitos" la realidad objetiva de la resurrección de Jesucristo, y los milagros, como la Encarnación entendida por la ascensión por parte de Dios realmente distinto, de una naturaleza humana, naciendo en Belén, etc.; o finalmente si creyésemos que el cristianismo ha de ser "religioso" (dice siguiendo a Bonhoeffer), antes por el contrario propugna un "cristianismo sin religión" (y por tanto sin dogmas); con una moral sin "mandamientos de la ley de Dios como normas universales": sólo "amar"... no hay más mandamiento que éste. Pero amar, ¿qué? ¿quién? ¿por qué? Amar porque sí, porque todo el cosmos en su íntimo ser es amor, y no hay, según él otro Dios.

3.º El fondo de nuestro ser. Esta es la "trascendencia de Dios". No que esté Dios "arriba", ni "fuera", sino que es lo profundo de la vida. ¡A ver! Repitémoslo bien: "Dios está en lo profundo de nuestro ser, o es lo profundo de nuestro ser". No hay duda: para Robinson Dios no es más que lo profundo de nuestro ser. Y por lo tanto, amando a los otros por ellos mismos, ya con esto amamos a Dios y cumplimos toda la moralidad y religión.

4.º El hombre para los otros. ¿Qué es, pues, Navidad? ¿qué es Jesucristo? Navidad es un "mito"; hemos de conservarlo (¡naturalmente!) pero sólo como esto: como un "mito" venerable. ¿Y Jesucristo? no diremos que es Dios, sino que Dios se manifiesta en Él, a través de él, por cuanto este "hombre" se ha puesto en contacto con lo íntimo de su ser, que es dios, que es amor.

5.º Santidad del mundo. Por consiguiente nada de imaginar que la Fe (y la salvación) es para unos y no para los que nieguen la Fe sobrenaturalista (es decir, la Fe de siempre en el cristianismo; nada de esto): sin culto habrá todo lo que quedará de religión; también habrá un estilo "no religioso" de la oración...

6.º La nueva moralidad. Total revolución ética: nada de normas morales "absolutas", esto es, "universales", como serían no desobedecer, no fornicar, no ser incrédulo... Por el contrario: "ningún otro mandamiento fuera de éste: amor". Es decir, la llamada "moral de circunstancias" llevada a fondo totalmente.

7.º Romper el molde y sustituirlo por otro. Todo el libro confluye en este capítulo final. En los primeros capítulos el autor (como ya indicaba el prólogo francés de Salleron) todavía va con ciertas frases ambiguas y de doble sentido; avanza en ellos cautelosamente como si sólo se opusiese a las metáforas de imaginar a Dios "arriba" o "fuera" a fin de que el lector no se alarme demasiado pronto ante la crudeza de lo que verdaderamente le quiere decir; pero al final ya sin tantas precauciones señala el molde que hay que romper, según él, y el nuevo molde que cree habría que construir.

Como se advierte, precisamente nos interesa empezar por este capítulo, puesto que en él habla con más claridad, si realmente queremos ser "sinceros" con el libro. Si no buscamos la sinceridad, "honest to God", ¿por qué leer el libro? Vamos, pues, ahora a enfocar este último capítulo; y en conexión con él, el conjunto de sus ideas, anteriormente expuestas de un modo menos claro. Sólo así podremos formarnos una noción cabal de lo que enseña su autor, y consecuentemente podremos emitir sobre él un juicio objetivo, que ni aumente, ni disminuya lo que hay.

Però ya desde ahora, para el lector que conozca lo que fue el "modernismo" condenado en 1907 por San Pío X en su Encíclica "Pascendi" le advertiré que (según decía Salleron en el prólogo de la edición francesa) no hay más que esto: un modernismo revestido con palabras menos crudas; un modernismo que conserva las "palabras" de la Revelación y de la Fe; pero sin Revelación, ni Fe; un cristianismo sin Dios, un cristianismo sin religión.

III. EL NUEVO MOLDE

Hay quienes identifican "cristianismo" y "religión" (dice hablando de nosotros); pero él pregunta: "¿podemos —debemos— acostumbrarnos a considerar de la misma manera el "cristianismo" en tanto que religión orga-

(5) O. c., pág. 10.

nizada? No estoy nada seguro ciertamente que seamos capaces de comprender a fondo esta pregunta, y todavía menos que podamos darle una respuesta" (6).

Según esto "a algunos sin duda les parecerá, al menos por deducción, que he abandonado totalmente la fe y la práctica cristianas. Muy al contrario creo que a no ser que estemos preparados a la especie de revolución de la que hace poco hablaba, vendrá el día en que esta fe y esta práctica serán abandonadas. Pero esto sucederá porque, como ya hemos visto, las dos han sido fundidas en un molde de pensamiento que pertenece a épocas ya pasadas —el molde de pensamiento que, subrayando cada uno su propia preocupación, Bultmann califica de mitológico, Tillich de supranaturalista, y Bonhoeffer de religioso" (7). Es decir: para que no abandonen el cristianismo, démosles un cristianismo "sin mitos" (pero por mito entiende por ejemplo la Encarnación de Dios asumiendo una naturaleza humana: Jesucristo); sin "supranaturalismo" (por tanto no concebir a Dios como una naturaleza distinta, individuo distinto de lo íntimo de cada uno; ni como ser personal); sin "religión" (por tanto sin culto organizado en templos, sin jerarquía eclesiástica, sin actos de piedad religiosa).

Como es evidente, esto es un cambio total (aunque él dice que este cambio conserva lo "fundamental" del cristianismo: es decir, lo que su mentalidad modernista cree fundamental, que consiste en que con las palabras no se niegue a Dios, como antes hacían, sino en que se diga que Dios existe, pero identificado con lo íntimo de cada uno de nosotros; consiste en que con las palabras no se niegue que Jesús es Dios, pero se entienda no como si realmente fuese Dios, la Persona Divina que ha asumido una naturaleza humana, sino como un mero hombre en el cual "se manifiesta Dios" porque se ha puesto en contacto con lo íntimo de su ser, etc.): "Por lo que parece, y a pesar de que podamos sentirnos hostiles al esfuerzo que esto implica, ahora nos piden que fundamos un molde radicalmente nuevo, o que procedamos a una metamorfosis de nuestra fe y de nuestras prácticas cristianas. Estoy convencido de que un remoldeo así dejará indemne la verdad fundamental del Evangelio. Pero esto quiere decir que hemos de disponernos a que todo entre en el crisol —hasta nuestras más apreciadas categorías religiosas y nuestros absolutos morales. Y la primera cosa que hemos de estar dispuestos a dejar caer es la imagen que nos hacemos de Dios mismo" (8).

Estas imágenes en realidad son ídolos, dice Robinson, hasta el punto de que "es excluido o negado todo lo que no está incorporado en la imagen, y entonces ha nacido una nueva idolatría que de nuevo ha de ser sometida a juicio" (9). Por esto toma la expresión de Tillich conci-

biendo a Dios como "la profundidad de la vida" (10). Por tanto así su propia posición se sitúa en medio de dos flancos: de un lado "el naturalismo cristiano" (que diría: Dios no existe); de otro lado "el supranaturalismo ortodoxo" (11), es decir, lo que hemos aprendido en la Fe en la que hemos sido bautizados y vivido como cristianos.

Por tanto, ¿diremos que no hay Revelación, o que hemos de admitir un cristianismo sin Revelación, basado en las meras posibilidades del hombre, como decía Huxley? ¡Nada de esto! Pero lo entenderemos de esta manera: "la afirmación cristiana no es simplemente que el amor habría de ser la última palabra sobre la vida, sino que, a pesar de todas las apariencias, lo es indiscutiblemente" (12); y esto exige (según Robinson) una gran creencia, pues sería imposible, a menos que "el amor revelado en Jesús sea en verdad la sustancia de la realidad última" (13), lejos de descansar en el poderío o en las capacidades del hombre.

Tiene aquí Robinson una frase que expresa claramente en qué se distingue el cristianismo que él propugna, del "humanista" y del "ateo": "Esto —y no su religiosidad ni su creencia en la existencia de una Persona en el cielo— es lo que en definitiva lo distingue del humanista y del ateo" (14); es "abrirse no a la dulzona indiferencia, sino a la divina ágape (amor) del universo, sintiéndolo próximo, totalmente fraternal. Pues, en último análisis, es enteramente esto lo que significa estar convencido de la personalidad, de la semejanza crística en Dios" (15).

Robinson ve bien que los que él llama "sobrenaturalistas" (nosotros, los que creemos en Dios como en un ser distinto de todo lo que es cada uno de nosotros y personal) lo tendremos a él por "panteísta" o sea "inmanentista". Pero dice que no: tampoco es inmanentista o panteísta. ¿Por qué no es "panteísta"? Va a explicarlo: "Quizá sea necesario refutar con cuidado la sospecha de panteísmo, que sin duda va ligada a toda sistematización que ponga en duda la existencia de Dios como un Ser aparte"; y cree evitar la sospecha de ser panteísta de este modo: "la visión del mundo tradicionalmente propia del inmanentista o del panteísta ha sido siempre refutada por los deístas y por los teístas con la afirmación de que el mundo debe su origen a un Creador, a un Artesano todopoderoso, que en un momento del tiempo (o con el tiempo) lo hizo de la nada. Esta concepción es altamente mitológica y antropomórfica. Pero resulta perfectamente posible desmitizarla sin caer en el panteísmo. La diferencia esencial entre la visión bíblica del mundo y cualquier otra visión inmanentista está en el hecho de que la primera fundamenta en definitiva toda la realidad en la realidad de la libertad personal —en el Amor. En cambio para el panteísmo, la relación que liga cada aspecto de

(6) En adelante citaremos según la edición catalana antes mencionada; el primer número se referirá al capítulo, según el orden de ellos; el segundo, a la página. O. c., 7, 182.

(7) Ibid.

(8) Ibid. 184.

(9) Ibid. 186.

(10) Ibid.

(11) Ibid. 187.

(12) Ibid. 189.

(13) Ibid.

(14) Ibid. 190.

(15) Ibid. 191.

la realidad con su fondo es determinista en último análisis, sin que deje ninguna rendija a la libertad o al mal moral" (16). Ya se advierte en seguida si esto verdaderamente lo separa o no del panteísmo, y si su fe en este "dios" es o no la Fe en el "Dios" infinitamente Perfecto y por lo mismo distinto de nosotros.

El mismo procedimiento de conservar las palabras pero con un sentido opuesto, sigue al hablar de la creación. Según Robinson puede admitirse la creación (o producción ex nihilo) pero entendiéndola así: "Estamos totalmente enraizados y fundamentados en el Amor. Y la doctrina de la creación ex nihilo consiste en afirmar que nada hay en nosotros ni en toda la creación que hayamos de atribuir últimamente a otro fondo o que necesite otras explicaciones" (17). En cambio "proyectar a Dios desde el mundo como un Super-individuo" (18) sería una objetivación de términos mitológicos. No obstante, quiere que se conserven estos mitos y estas imágenes; desempeñan su papel: "Quizá es imposible imaginar el fondo personal de todo nuestro ser más que como un Individuo todopoderoso, dotado como nosotros de un centro de conciencia y de voluntad, y que sin embargo, sea totalmente otro. Estas imágenes, tomadas como símbolos, tienen un lugar propio que ocupar y tienen que desempeñar un gran papel. Sólo se convierten en ídolos cuando uno la considera indispensables para la aprehensión de la realidad; sólo se hacen peligrosas cuando dejan de ser intermediarias entre el hombre y la realidad, convirtiéndose entonces en obstáculos" (19), es decir, en obstáculos para entender que no son más que mitos, pero que la realidad, según él, es este profundo amor identificado con cada uno de nosotros y del universo sensible.

Con esto se atreve a señalar a la Iglesia cuál sería el camino que, según él, habría de seguir hacia una total "laicización" o "secularización". Así la misión de la Iglesia será preparar a los cristianos para una "disciplina secreta", a fin de que puedan entrar "en todas las empresas seculares, vivificantes y arriesgadas de nuestra época, a fin de captar en ellas y descubrir los designios de Dios" (20) (!) En el pasado ha habido, según él, "una proyección particular de Dios, un mito particular de la Encarnación, un código particular de la Encarnación, un código particular de moral, un arquetipo particular de religión. Sin estos apoyos podría parecer que todo va a hundirse. Sin embargo hemos de evitar agarrarnos a estos apoyos en vez de unirnos a Cristo. Y todavía más hemos de evitar toda insistencia en la necesidad de los apoyos como camino para dirigirnos a Cristo" (21); pero siempre entendiéndolo a Cristo, ¡como él lo entiende! Y esto sería ser sinceros con Dios; así hemos de "marchar adelante partiendo con esta sinceridad" (22).

IV. ENCARNACIÓN, MORAL, FIN ÚLTIMO

Después de lo que acabamos de exponer, ya no es preciso que nos extendamos para examinar qué entenderá Robinson por Encarnación de Dios, qué entenderá por Moral, qué será para él nuestro Fin último. Todo son consecuencias de la misma actitud inicial.

Sobre la Encarnación es suficiente copiar literalmente un párrafo en que lo dice todo con perfecta claridad. En esta ocasión es realmente sincero en el uso de las palabras, que dicen así: "Mientras Dios y el hombre sean pensados como dos seres, que poseen cada uno su naturaleza distinta, uno que llega desde el otro lado y otro que existe en este lado; mientras continuemos pensando así no podremos deducir más que un hombre-Dios, un divino visitante que procede desde fuera y que ha escogido vivir en todos los aspectos como los nativos de la tierra. La concepción sobrenaturalista de la Encarnación nunca podrá librarse de la imagen del príncipe que se presenta disfrazado de mendigo. Por verdadera que sea su miseria, es príncipe; y esto, en definitiva, es lo que cuenta. Pero, ¿y si supusiéramos que toda la noción de un Dios que visita la tierra en la persona de su Hijo es tan mítica como la del príncipe del cuento de hadas? ¿Y si supusiésemos que no hay ningún reino fuera desde el que pueda llegar el Hombre del cielo? ¿Y si supusiésemos que ha de desaparecer el mito de Navidad (es decir, la invasión de este lado por el otro lado), en oposición a la historia de Navidad (es decir, el nacimiento del hombre Jesús de Nazaret)? ¿Estamos preparados para realizar este cambio? ¿O bien nos agarraremos ahora a este último vestigio de la concepción mitológica o metafísica, como a la única apariencia que puede conferir a la narración bastante poder para herir nuestra imaginación? ¿No puede sobrevivir el esquema sobrenaturalista, si no más, por lo menos como parte de la magia de Navidad? Sí, ciertamente puede sobrevivir — pero como un mito. Porque al mito le toca ocupar un lugar, perfectamente legítimo y de una profunda importancia" (23).

En cuanto a la Moral, toda ley moral (entendida como ley, es decir, norma moral universal, que por universal dice lo que se debe hacer en todos los casos) cae por su misma base. Si no hay más dios que lo más profundo de cada uno, ¿qué otra ley moral podrá haber más que amar este cosmos sensible, presente ante nuestros ojos, tal como es? "Ninguna prescripción más que el amor" (24) dice. Y añade: "El hecho de que estén desapareciendo los viejos hitos morales no es cosa de la que sencillamente hayamos de dolernos. Si somos verdaderamente valientes, más bien habremos de acogerlo como un desafío lanzado a la ética cristiana para que se desentienda de los apoyos del legalismo sobrenatural sobre los que demasiado tiempo ha descansado plenamente satisfecha" (25).

(16) Ibid. 191-192.

(17) Ibid. 192.

(18) Ibid. 193.

(19) Ibid. 193-194.

(20) Ibid. 203.

(21) Ibid. 204.

(22) Ibid. 205.

(23) O. c., 4, 107-108.

(24) O. c., 6, 170.

(25) O. c., 6, 172.

¿Y *Fin último*? Pero ¿qué *Fin último* puede haber más que descomponernos con la muerte, zambullidos en la masa del cosmos, si no hay más dios que identificado con lo íntimo de cada uno de nosotros, mudables, corruptibles? Robinson en este libro no habla expresamente del *Fin último*; pero sin que lo exponga, queda bien sobrentendido con lo que dice en todo el libro.

Tiene en cambio cuatro líneas sobre el infierno. Si ponerse en contacto con lo íntimo del propio ser, esto y no más, es ponerse en contacto con "dios", entonces "alienarse", por esquivar este contacto con lo profundo del ser propio, esto será el infierno, y nada más: "Esta unión-en-la alineación con el Fondo de nuestro ser (que Pablo Althaus describió como una irremediable relación con Dios) esto es lo que nosotros llamamos infierno" (26).

V. ¿CÓMO LO CALIFICAMOS?

Antes de pronunciar un juicio, digamos qué entendemos por cada una de las palabras. Por Dios, nosotros, católicos no modernistas, no contagiados por lo que condenó en 1907 San Pío X, ni por sus derivaciones progresistas posteriores, sino tal como profesó nuestra Fe; por Dios entendemos un Ser Perfectísimo, Principio y Causa de todo, realmente distinto de cada una de las criaturas.

No es que esté ausente de nosotros; al contrario, precisamente porque es Infinito (es decir, infinitamente alejado de nuestra pequeñez) por ello puede estar absolutamente presente, pues dependemos de Él en cuanto a todo, hasta en cuanto a lo más íntimo del propio ser: pero de ninguna manera identificado con nuestro propio ser, pues entonces ya no sería Perfectísimo, sino al revés, imperfectísimo; entonces ya no podría ser Causa y Principio de todo, sino tan necesitado de explicación como todos nosotros. Este es el Dios que nos ha manifestado constantemente la palabra de Dios, la Sagrada Escritura; éste es el Dios que nos revelado Jesucristo; éste es el que profesa quien quiere ser bautizado en la Fe Católica.

Ahora bien, si entendemos por Dios a este ser así entendido, entonces hemos de llamar ateo a quien niegue a este Dios, concibiéndolo como algo que no es distinto de lo profundo de la creación, de cada uno de nosotros.

Entendiendo así los términos, es necesario decir que Robinson es ateo. Su "dios" no es más que un mito, un ídolo que se forjan los que se dejan llevar por su racionalismo.

En cuanto a Jesucristo, no es su nacimiento el nacimiento de un "mero" hombre, que se ponga en contacto con lo íntimo del ser, sino que es Dios-encarnado: Dios que ha unido a sí substancialmente una naturaleza humana, y por ello verdaderamente podemos decir que Dios nace, que Dios muere en cruz, que Dios nos redime, que Dios nos destina a la felicidad que nos ha prometido con su posesión eterna.

(26) O. c., 4, 123.

Por el contrario, para Robinson, Navidad no sería más que un mito. Da un "sí", dice, "hasta si este théos no es el Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo (27). Pues no; adoramos al Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo; y Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre: todo el Evangelio de San Juan ha sido escrito "para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyéndolo tengáis vida en su nombre" (28).

Se atreve a afirmar Robinson: "Ninguno de los discípulos de los Evangelios reconoce a Jesús porque se proclame Dios, y nunca ningún apóstol predicó diciendo: Este hombre se llama Dios; hemos de creer, por tanto, en él" (29). Pero esta afirmación es falsa. Nos dice el Apóstol San Juan, que otro Apóstol, Santo Tomás, reconoció a Jesús como Dios, cuando comprobó la realidad de la Resurrección palpando sus llagas; y Jesucristo no rechazó que le reconociese como Dios: "Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío. Díceme Jesús: ¡Porque has visto, has creído! Bienaventurados los que no vieron y creyeron" (30).

No es ninguna exageración, ni tergiversa ningún texto, sino que expresa con todo rigor la verdad quien afirma que (a pesar de sus palabras equívocas con que "aparentemente" afirma lo que "en realidad" niega) Robinson niega verdaderamente la Divinidad de Jesucristo; y en este sentido no es cristiano más que de nombre y con las palabras.

En cuanto al sustrato filosófico de su obra, digamos claramente que en ella no hay ni un adarme de Filosofía. Quien conozca algo de Filosofía, no podrá atacar las demostraciones ateísticas de Robinson, no porque sean inatacables, sino sencillamente porque no tiene ninguna: su nivel filosófico es igual a cero. Conste que lo digo sin ningún afán de ofender; es sencillamente así.

Hay, eso sí, algo de exegesis y muchas afirmaciones teológicas. Pero en éstas tampoco es original. No hace más que copiar a Bultmann, a Bonhoeffer y a Tillich, es decir, nos da un refrito de modernismo. La única diferencia está en que allí donde el liberalismo decía con más sinceridad: "no hay Dios, Jesucristo no es Dios", él conserva las palabras de "Dios" y de "Jesucristo-Dios", sin tener la sinceridad de decir que los niega. Este libro más que "sincero hacia Dios" habría de cambiar de título, poniendo una vez la palabra "Dios" con mayúscula, y otra vez la palabra "dios" con minúscula, para designar su mito, su ídolo, su proyección "hacia dentro"; y entonces el título exacto sería: "insincero con Dios, sincero con dios".

Ya se ve bastante a qué iría a parar la moralidad si no hubiese más que "Amor". Pero ¿amar qué? Y amar, ¿por qué? Y ¿por qué amar hasta el propio sacrificio, hasta contra la propia conveniencia, hasta contra las pasiones? Si nos dijese Robinson que las normas de la

(27) O. c., 6, 176.

(28) Juan 20, 31.

(29) O. c., 4, 113.

(30) Juan 20, 29.

ONU con la carta de los derechos del hombre, le replicarán no pocos con toda lógica, que si todo evoluciona, y no hay más "dios" que lo sumergido en lo íntimo de esta evolución, también evolucionará su ley del amor y toda la filantropía de la ONU. Lógicamente habría de ir a parar en un total relativismo. Si de momento no se manifiesta destructor, se debe a la savia cristiana de los siglos, a principios morales supremos escritos en el corazón de cada hombre; pero lógicamente, a la larga, su posición llevaría a un salvajismo total, con que se destruiría el mismo hombre.

Muchas veces sale a la pluma de Robinson una razón, que, a lo que parece, a él le impresiona mucho: "lo que dice la ciencia", "lo que se dice hoy día", "lo que dice el hombre adulto, que no puede volver a la pubertad", "aquello sin lo cual el cristianismo se hundiría y toda fe en Dios", etc. Pero a nosotros nos impresionan muy poco estas razones. Siempre ha habido hombres que se han creído "adultos", "sabios", ahora como hace veinte siglos, siempre imaginaban lo mismo; y el Señor bendice a su Padre porque ha revelado su verdad no a los sabios según el mundo, sino a los pequeños y humildes.

En cuanto a predecir el fin del cristianismo, siempre es igual. Ya Loisy en 1907 predecía que si la Iglesia no admitía su revolución modernista, todo el Cristianismo

se hundiría. Como siglos antes, también Voltaire lo había predicho; y muchos otros han ido siempre diciendo lo mismo. Pero no ha sucedido así, antes al revés: la estela de santos ha seguido sin interrupción; con milagros jurídicamente comprobados y teológicamente examinados; con la santidad de vida; con la unidad en la misma Fe.

Claro está que nos da pena ver su naufragio en la Fe, y con tan endebles razones. Como nos da pena que su obra pueda contribuir a que algunos, poco instruidos, por su lectura puedan perder la Fe.

Pero sucederá aquí lo mismo de siempre. Será ocasión para que algunos caigan, y también para que otros, reavivándose, se robustezcan y arraiguen más en la verdad: "sinite utraque crescere usque ad messem"; "dejar que ambos (trigo y cizaña) crezcan uno y otro hasta la siega..." (31).

Vendrá la hora de la siega; es la promesa formal de Dios; y entonces sí, tomará Dios la palabra "para dar a cada uno según fueren sus obras" (32).

Entretanto nos da pena ver que hay quienes viven con un estoicismo muy próximo a la desesperación: "¡sin esperanza en la promesa y sin Dios en el mundo!" (33).

(31) Mt 13, 30.
(32) Apoc 22, 12.
(33) Efe 2, 12.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.

FRAGMENTOS DEL LIBRO

«SINCER ENVERS DEU»

Tal vez en definitiva tienen razón los freudianos cuando dicen que un Dios de esta índole —el Dios de la teología popular tradicional— no es más que una proyección nuestra, y quien sabe si nosotros no estamos llamados ahora a vivir sin esta proyección, cualquiera que sea.

Una perspectiva así no es ciertamente demasiado tranquila: es inevitable que nos dé la sensación de quedarnos huérfanos. Ciertamente que no dejará de parecernos errada y resistiremos a ella tomándola como una negación de la Escritura, como una traición a lo que la Biblia nos dice (aunque tomada al pie de la letra, la Biblia nos presenta un Dios que ya hemos abandonado hace tiempo) (pág. 39).

(...)

Tillich decía que Dios no es una proyección "fuera", no un Otro situado más allá del cielo, de la existencia del cual nos hemos de convencer, sino que más bien es el fondo de nuestro ser.

"El nombre de esta exigencia íntima, infinita e insaciable y el fondo de todo ser es Dios. Esta exigencia es el sentido mismo de la palabra Dios. Y si esta palabra no

tiene suficiente significado para vosotros, traducidlo y hablad de las exigencias de vuestra vida, de la fuente de vuestro ser, de aquello que en último término es más importante para vosotros, de aquello que os tomáis más seriamente sin ninguna reserva... Para llegar a ello, tal vez tendréis que olvidar todo lo que de tradicional habéis aprendido referente a Dios, tal vez incluso el mismo nombre."

Recuerdo lo luminosas que me parecieron estas palabras cuando las leí por primera vez. Hice lo que nunca había hecho antes ni he vuelto a hacer después: sencillamente, a mis estudiantes de entonces les leí el sermón de Tillich en lugar del discurso que les tenía preparado... Estas palabras me parecieron de una oportunidad nueva e indestructible y gracias a ellas, el lenguaje tradicional de un Dios que viene a nosotros desde el exterior se me hacía tan lejana como artificiosa (pág. 45).

Ciertamente la Biblia nos da una visión del mundo desvergonzadamente sobrenaturalista: el pensamiento se encuentra en un universo de tres pisos, con Dios arriba "encima" de la naturaleza. Pero incluso cuando hemos

purificado esta construcción de lo que pensamos que son sus amaños y su literalismo nos queda aún en las manos una imagen esencialmente mitológica de Dios y de su relación con el mundo. Tras unas frases como éstas: "Dios creó el cielo y tierra" o "Dios bajó del cielo" o "Dios envió a su Hijo Unigénito", hallamos una visión del mundo que se imagina a Dios como una persona que vive en el cielo, como un Dios que se distingue de los dioses paganos por el hecho de que "fuera de mí no hay ningún Dios".

En el siglo pasado se dio un paso adelante, doloroso pero decisivo, cuando se admitió que la Biblia contenía "mitos" y que ésta era una forma importante de verdad religiosa (pág. 59).

Pues mientras Dios y hombre sean pensados como dos "seres" que poseen cada uno su naturaleza distinta, uno que llega desde "el otro lado" y el otro que está en "este lado", mientras continuemos pensando así no podremos deducir de ello más que un hombre-Dios, un divino visitante que procede de "fuera" y que ha escogido vivir en todos los aspectos como los nativos de la tierra. La concepción sobrenaturalista de la Encarnación nunca podrá desprejarse de la imagen del príncipe que se presenta disfrazado de mendigo, por verdadera que sea su miseria es príncipe y esto, en definitiva, es lo que cuenta.

Pero ¿y si suponemos que toda la noción de "un

Dios" que "visita" la tierra en la persona de "su Hijo" es tan mítica como la del príncipe en el cuento de hadas?" "¿si suponemos que no hay ningún reino 'fuera', del que puede llegar el Hombre del cielo?" ¿Y si suponemos que ha de desaparecer el mito de Navidad (es decir, la invasión de "este lado" por el "otro lado") en oposición a la historia de Navidad (es decir el nacimiento del hombre Jesús de Nazaret)? (pág. 107).

La creencia de que entramos en contacto con Dios por la persona de Jesús, ha quedado cada vez más limitada a la minoría religiosa que aún puede aceptar la antigua mitología como físicamente o metafísicamente verdadera: Es esta una situación bastante peligrosa para la fe cristiana y que de ningún modo ayuda a contestar la aguda cuestión planteada por Bonhoeffer: "¿cómo Cristo puede ser el Señor incluso de los no religiosos?" (pág. 110).

Predicadores y maestros dicen sencillamente que Jesús era Dios, y lo dicen de tal manera que los términos de Cristo y Dios resultan intercambiables. Pero en la Biblia en ningún lugar es así: el Nuevo Testamento dice que Jesús era el Verbo de Dios, que Dios estaba en Cristo, que Jesús era el Hijo de Dios, pero nunca dice sencillamente que Jesús era Dios...

Naturalmente, nunca ha estado resuelta la cuestión de saber si Jesús en algún momento pretendió ser el Hijo de Dios, o con más razón aún, Dios mismo (pág. 111).

CON PIEL DE OVEJA

Se hace ineludible salir al paso de ciertas declaraciones de quien, titulándose a sí mismo secretario general del partido comunista español, ha afirmado lisa y llanamente que "en la España de hoy los aliados más leales y eficaces que tenemos los comunistas en la lucha por la libertad y la justicia social son los católicos".

Declaraciones que, publicadas en el diario francés "Le Figaro", han tenido amplia repercusión fuera y dentro de España y que, indudablemente, adolecen de una osadía tan sólo equiparable a la ingenuidad de quienes llegaran a prestar oídos v crédito a tamaño disparate.

Porque el dicho secretario va más lejos. Ha añadido que la alianza de comunistas y católicos "es la mejor garantía para el futuro (español) en el sentido de que los comunistas seríamos los primeros en defender los derechos de los católicos si alguien intentase atentar contra ellos".

Resulta más que paradójico que los comunistas pretendan erigirse en paladines de la libertad y pretendan enseñarnosla. Demasiadas pruebas —trágicas— de cómo la entienden ellos tenemos en el mundo, oriental y occidental, en esas inhumanas dictaduras surgidas a su paso.

No necesitamos, por otra parte, los católicos, que el comunismo nos preste "sus" ideas sobre la verdadera justicia social, en cuyo auténtico logro está, a veces heroicamente, empeñada la Iglesia.

La verdad es que poco o nada puede, en definitiva, sorprendernos el cambio de táctica del comunismo. Ya se sabe de sobra que a éste importa esencialmente el fin y no los medios. Bueno es para él cuanto sirve a los fines del partido; malo, todo lo demás.

El pecado, pues, mucho mayor que de ignorancia e ingenuidad, estaría en quien creyera en su piel de oveja.

Lo que a un católico corresponde ante sistemas que sitúan al hombre frente a la negación misma de la religión tratando de sustituirla por un dogma ciego que le degrada, y destruye en su misma raíz todo sistema social que sobre tal aberración pretenda fundarse, nos lo ha repetido incansablemente la Iglesia: "Estas son las razones —dice Pablo VI en la *Ecclesiam suam*— que nos obligan, como han obligado a nuestros predecesores, y con ellos a cuantos estiman los valores religiosos, a condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia, sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y políticos, y entre ellos especialmente el comunismo ateo. Pudiera decirse que su condena no nace de nuestra parte; el sistema mismo y los regímenes que lo personifican los que crean contra nosotros una radical oposición de ideas y opresión de hecho".

LA DOCTRINA DE LA CRUZ SEGUN EL EVANGELIO

El mundo de hoy se ha vuelto de espaldas a la Cruz de Cristo; los hombres de nuestra época, en su inmensa, mayoría, no quieren ni aún oír hablar de cuanto representa, significa y supone la Cruz de Cristo; y aún hay no pocos cristianos que se contentan con seguir a Cristo hasta el partir del pan, mas no hasta beber el cáliz de la Pasión, como con tristeza y verdad dice el autor de la Imitación de Cristo.

Más aún; no faltan quienes entusiasmados con las grandezas de la Sagrada Liturgia, y de lo que es el centro de ella, la Santa Misa, desvían la atención y fruncen el ceño cuando se les dice y se les inculca que así como en la Santa Misa renueva Cristo con oblación e inmolación verdadera, aunque incruenta y mística, su Sacrificio de la Cruz, así tan sólo participa propia y verdaderamente de la Misa el que añade y une su propio sacrificio al de Jesús, ofreciéndose e inmolándose en todo lo que es necesario y conveniente para vivir una vida auténticamente cristiana.

La explicación de este nuestro gran "fallo" de hoy día, es porque no amamos de veras a Cristo Nuestro Redentor, el cual nos redimió con el Sacrificio de su Cruz, y nos aplica todos los frutos de su Redención con su Sacrificio Eucarístico, el del Santo Altar. Y advertimos que así como en la Cruz se inmoló el mismo Cristo, en holocausto de humildad y obediencia, con todo su inmenso amor, mas *por medio* de los verdugos que le cubrieron de heridas en la flagelación, en la coronación de espinas y en la crucifixión, hasta darle la muerte; pero en el Altar no sólo se sigue inmolando místicamente con su inmenso amor, sino también *por* su mismo amor. No hay otra cosa que le inmole, como la hubo en el Calvario; en la Misa es inmolado tan sólo por AMOR.

Ahora bien: este amor inmenso del Corazón de Cristo pide y reclama correspondencia por nuestra parte; pide y reclama nuestro amor; y el amor, cuando es verdadero, lleva a la unión por imitación y semejanza. De consiguiente, si nos damos plena cuenta de que la Santa Misa es el Sacrificio del Corazón de Cristo, pues todo es con amor y por amor; nos animaremos a unir nuestra oblación e inmolación a la de Jesús con todo el amor y por el verdadero amor de nuestro corazón.

Mas, ¡oh desdicha!; como en vez de amar a Cristo, correspondiendo al amor de Él, nos amamos a nosotros mismos, y tan desordenadamente y aun casi exclusivamente; como impera el egoísmo; por eso todo lo que es contrario a la Cruz, eso es lo que prevalece e impera en el mundo de nuestra época: la diversión, el goce de los bienes materiales, la felicidad, aunque menguada, baja y caduca, que puede ofrecernos y darnos la tierra.

Y, sin embargo, hoy como ayer, y como siempre, tan sólo en la Cruz de Cristo está la salvación; tan sólo por el camino de la Cruz se llega, aun en esta vida, y mucho más en la futura, a la verdadera felicidad: "per Crucem ad Lucem"; la Cruz de Cristo es el lábaro de victoria y la enseña bendita de todas las batallas de los hijos de la Luz, como será la bandera que pondrán los Ángeles, el gran día del Juicio final, entre los buenos y los malos, entre los amigos de la Cruz y los enemigos de la Cruz, como criterio distintivo de las vidas de unos y otros, y por lo mismo como explicación de los premios de unos y de las sanciones de otros; de la eterna salvación y de la eterna perdición.

Por todo esto será oportuno y provechoso presentar, en breve resumen, la doctrina de la Cruz según el Evangelio; es decir, las enseñanzas que el Divino Maestro nos dio acerca de la Cruz; de la suya, y de la nuestra, participación de la de Él.

Y, ante todo, en este primer artículo, veamos atentamente cuándo, con qué ocasiones y en qué circunstancias nos enseñó el Divino Salvador su doctrina de la Cruz; puesto esto, además de ser muy hermoso e interesante, y de sernos de mucho provecho para adentrarnos en el conocimiento de la adorable Persona de Jesús, de su incomparable carácter, de su sabiduría, de su prudencia, de su comprensión del corazón humano y de las ternuras y delicadezas de su Santísimo Corazón, nos será excelente preparación para considerar, en dos artículos subsiguientes, las dos partes en que se divide y se completa toda la doctrina de la Cruz según el Evangelio.

1.º Se nos revela admirable la sabiduría y prudencia de Jesús en no haber enseñado la doctrina de la Cruz hasta que el pueblo, y más los discípulos, y todavía más los Apóstoles, estuviesen *preparados* para oír, entender y practicar aquella doctrina. Es que sabía muy bien Jesús que por una parte la doctrina de la Cruz era el meollo, la médula de su mensaje de salvación; y que por otra parte había de ser lo más difícil de entender y de practicar; por ello era necesario que precediese una muy detenida y muy completa *preparación* de los espíritus para que aquella doctrina pudiese ser entendida y aceptada.

Y así fue que hasta el tercer año de la vida pública de Jesús, no enseñó el Divino Maestro su doctrina de la Cruz; porque antes, ni los mismos Apóstoles, ni menos los discípulos, ni mucho menos todavía el pueblo, estaban dispuestos para oírla y entenderla. Pero cuando por sus continuas enseñanzas de más de dos años, y sus grandes y repetidísimos milagros, tuvo Jesús preparados a los Apóstoles, a los discípulos y aun al pueblo de Galilea,

que es donde había pasado la mayor parte de su ministerio público, para que pudiesen escuchar y entender la doctrina de la Cruz, entonces fue cuando la enseñó. La primera vez fue, pues, en dicho tercer año de su vida pública, entre la tercera Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos.

Es hermoso e instructivo recordar los antecedentes inmediatos de esta predicación de la doctrina de la Cruz, por vez primera; es decir, la preparación próxima.

Había ido Jesús con sus doce Apóstoles a la región de la Decápolis, en la parte oriental del lago de Genezareth; y allí, en el tetrarcado de Filipo, cerca de Cesarea, había hecho Jesús a sus Apóstoles la doble pregunta de qué era lo que las gentes decían de Él, y qué era lo que los Apóstoles pensaban de Él; y a ambas preguntas habían respondido ellos: a la primera, varios de los doce; pero a la segunda, sólo San Pedro, con aquella magnífica confesión de que Jesús eran no tan sólo el Mesías, el Cristo, el Legado de Dios, sino lo que Pedro había testificado, alabándole como dichoso por la revelación divina con que el Padre le había manifestado aquella gran verdad y le había inspirado e impulsado a proclamarla, y prometiéndole el Primado de su Iglesia (Mt., 16, 13-20; Mc., 8, 2-29; Lc., 9, 18-21).

Todavía quiso dar a sus Apóstoles una última y eficazísima preparación, pues ellos eran los que principalmente habían de entender y poner por obra, y después anunciar y predicar a todos los hombres la doctrina de la Cruz; y por eso, habiendo retrocedido en su camino, y saliendo del territorio de Filipo, habiendo entrado de nuevo en Galilea, a la parte occidental del Lago de Genezareth, les predijo su Pasión, Muerte y Resurrección; y en seguida, con ocasión de las impetuosas e inconsideradas palabras con que Pedro, aunque con buen celo y amor a Jesús, trató de disuadirle de lo que les acababa de predicar sobre su propia Pasión y Muerte, después de reprender severamente a Pedro, se reafirmó ante los doce en su predicción. No podía disponer de mejor manera a aquellos espíritus que prediciendo lo que Él mismo, siendo el Mesías y el verdadero Hijo de Dios, había elegido voluntaria y amorosamente para salvarnos: la Cruz.

Mas no era a solo los Apóstoles a quienes la quería enseñar, sino también a sus discípulos y al pueblo; es decir, a los que entonces y en los siglos subsiguientes habían de ser sus discípulos, y seguirle. Por esto, y a continuación de la susodicha escena con los Apóstoles, ya en Galilea, convocó a sus discípulos y a una gran multitud del pueblo; y sólo entonces, ya preparados unos y otros, y más los Apóstoles, les enseñó a todos, también para nosotros, y por primera vez, la doctrina de la Cruz (Mt., 16, 21-28; Mc., 8, 31-39; Lc., 9, 22-27). Fue realmente sapientísimo y de consumada prudencia este proceder de Jesús. Posteriormente, y hecha ya la primera gran revelación de la doctrina de la Cruz, la volvió a enseñar y confirmar el Divino Maestro en diversas ocasiones, y con tanta mayor insistencia y emociona-

das palabras cuanto se acercaba Él mismo a su muerte de Cruz.

2.º Poco después, con ocasión del gran milagro que obró Jesús, en la falda del monte Tabor, después de su Transfiguración, volvió a hacer una nueva predicción de su Pasión, y con ella, una nueva instrucción, indirecta, sí, pero clara y eficazísima, sobre la doctrina de la Cruz.

“Cuando todos habían quedado pasmados del poder grande de Dios que brillaba en Jesús, y mientras todo el mundo no cesaba de admirar las cosas que hacía, dijo Él a sus discípulos: Grabad en vuestro corazón lo que os voy a decir: El Hijo del Hombre está para ser entregado en manos de los hombres”. Así San Lucas (9, 44); a lo que añaden San Mateo y San Marcos: “Y le matarán, y resucitará al tercer día” (Mt., 17, 21; Mc., 9, 30). Y San Mateo termina esta narración: “Con lo cual los discípulos se afligieron sobre manera” (ibid., 22).

El lugar de esta nueva predicción fue Galilea, en la región que atravesó después de haber bajado del monte de la Transfiguración y tras el milagro allí obrado. Este milagro había llenado de admiración y asombro a la muchedumbre, que había quedado atónita “ante el poder de Dios que brillaba en Jesús; pero Él, dejándola en su desbordante entusiasmo, y retirándose con los discípulos, hizo lo que otras veces: aprovechar los momentos más gloriosos para hablar de su Pasión; y así enseñarnos e inducirnos a seguirle por el mismo camino.

3.º Una tercera ocasión aprovechó Jesús para lo mismo; y con un rasgo especial de su doctrina de la Cruz; rasgo de inefable suavidad. Sabía muy bien Jesús lo que en su doctrina de la Cruz había de sernos más costoso y más duro; es decir, que la abnegación más difícil es la de resistir con mano firme el apetito desordenado de la propia excelencia; o sea, la pasión de la soberbia; que la mortificación más penosa es dar muerte a los pujos, al afán, al vehemente deseo de sobresalir, de prevalecer, de figurar, de dominar; que la renuncia más heroica es la de las preeminencias humanas, de los honores y alabanzas y estimación del mundo; que la resignación más costosa es la de resignarnos a los propios desaciertos, a los fracasos y humillaciones; y que el sacrificio más parecido al de Él, es el sacrificio de la propia estima, el de la sujeción de la obediencia; sumisión y sujeción que es propiamente la humildad cristiana, participación de la de Cristo mismo, con que se humilló a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Y quiso hacernos más llevaderas y suaves todas estas cosas, de sí tan difíciles y duras a la pobre naturaleza humana, que sufre los efectos de la caída original, que fue por orgullo y desobediencia.

Y fue con ocasión de la disputa o contienda de los Apóstoles sobre cuál de ellos era el primero, cuando Jesús hizo todo esto de la manera más encantadora. Llamó hacia sí un niño, lo abrazó, lo puso en medio de los Apóstoles, y les dijo: “Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”, etc. (Lc., 9, 46-48;

Mc., 9, 32-36; Mt., 18, 1-5). En aquel niño les presentó, y también a todos nosotros, la imagen más amable y tierna de al abnegación de nosotros mismos en la humildad y la sumisión.

Todavía, en otras varias ocasiones, volvió a insistir Jesús en sus enseñanzas sobre la Cruz; pero cada vez

más en la forma indirecta, aunque sumamente eficaz, de proponérsenos Él mismo como ejemplar supremo y modelo heroico de cuanto nos había enseñado.

Con esto, ya podemos proceder a recordar la misma doctrina de la Cruz según el Evangelio, en las dos partes que comprende.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

«LA IGLESIA Y LA MASONERIA» (*)

Se ha escrito bastante sobre masonería, si bien, desgraciadamente no siempre con la suficiente profundidad ni la bastante preparación y estudio. Muchos se han quedado en lo anecdótico, lo externo; han topado con la barrera de ritos y simbolismos con los que se encubre y con ellos se han quedado sin querer o sin poder profundizar más. Otros autores han buscado la evidente intervención que los masones tienen y han tenido en la Política y en la Historia intentando con mayor o menor acierto descubrir sus fuerzas y su efectividad en su eterno luchar contra la Cristiandad. Pero muy pocos han penetrado en la profundidad de su filosofía y en el esoterismo teórico y práctico, base de toda su acción: Es sin duda lo desconocido de este tema lo que impulsó a aquel gran Papa, San Pío X, a escribir siendo Patriarca de Venecia:

“También yo durante algún tiempo creí que era exagerado lo que se decía de ella (la Masonería). Pero, posteriormente, gracias a la experiencia de mi ministerio tuve ocasión de tocar directamente las llagas que ha abierto. Desde entonces, estoy convencido de que todo lo que se ha publicado acerca de esta sociedad infernal no ha desvelado aún toda la verdad.”

No es que Virion en su libro desvele toda la verdad, él toca tan sólo una parte del tema, suponiendo que el lector conoce ya algo de esta Sociedad Secreta por lo menos en cuanto a su intervención en la Historia. Lo que Virion busca, con documentación probatoria suficiente, es cómo la Masonería, a través especialmente de la Orden Martinista, fundada en 1887 con el fin exclusivo de introducirse entre los católicos, pretende hoy más que nunca la cumplimiento de un “Pacto Sinárquico” de ámbito universal sometiendo a la Religión Católica a su inter-

pretación esotérica del Cristianismo basada en la cábala y en la hegemonía del pueblo judío.

Para alcanzar estos fines, la Masonería cuenta hoy día con la colaboración de ciertos católicos “abiertos” a quienes atrae la “moderna interpretación de la Biblia” y que prescindiendo del Magisterio de la Iglesia caen en un error de libre examen, hábilmente dirigidos por los martinistas modernos, masones sin nombre de tales y llamados “moderados” dentro de la secta, cuya influencia se observa desde principios de siglo.

Virion muestra en su interesante obra el caso de un sacerdote apóstata, el Abate Roca, que abrazó la Orden martinista. Muestra varios de sus numerosos escritos en los que aparece su esperanza en lo que él llama un “Sincretismo socialista” que se producirá con un Cristianismo gnóstico del que es apasionado defensor.

Por fin, el autor demuestra con varias citas de Roca el antagonismo irreconciliable entre la tesis masónica infiltrada y la Iglesia Católica Jerárquica: “Al margen de Roma, sin Roma, a pesar de Roma, contra Roma” es la frase con que el excanónigo descubre su odio hacia el Magisterio Infallible. Según el conocido martinista Papis, a quien cita Virion, que fue Presidente del Congreso Espiritualista Internacional, es frase de Roca que “El Cristo divino no tiene nada que ver con el del Vaticano..., es el puro Adam-Kadmon de los Cabalistas, es decir, el reino hominal.

Con esto responde Virion sin muchos más comentarios a la pregunta que subtitula la portada de la edición española: “¿Es posible un entendimiento?”, y como quiera que bastantes personas tienen en la actualidad interrogante abierto a la vista de la actuación de algunos católicos relevantes, si tan sólo logra responder a esta pregunta es indudable que el libro habrá cumplido su misión.

ALFONSO ROY

(*) Pierre Virion - Ediciones Acervo, Barcelona, 1966.

EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

I

El mensaje de la Madre

El día 13 de mayo de 1917, ocho días justos después que el Papa Benedicto XV lanzara su desoída llamada pro-Paz, en plena Guerra mundial I, Nuestra Señora, Madre de Dios y Madre nuestra, se apareció a tres niños en la apartada y pobre aldea de Fátima, en Portugal.

Siempre la Divinidad se esconde, según nos advierte San Ignacio. Y en verdad, lo hace en beneficio nuestro. Dios, misericordiosamente, procura velarse, para poder así luego, en su tremendo Juicio, hallar el modo de atenuar un poco nuestra incrédula irresponsabilidad. Ya que nuestra infidelidad sería imperdonable —como lo fue la de los Angeles, y luego, en cierta medida, la de Adán— pecando en plena luz y conciencia ante un Dios visible.

A pesar de sus manifestaciones, incluso, según los testigos, cósmicos, Fátima, como todos los avisos divinos, viene velado en la forma, reservada a unos pocos, aun más que humildes, ignorantes (y aquí en Fátima esta nota era elevadísima), tal como Jesús se manifiesta en el Evangelio: revelándose sí, pero en forma tal que resulte que quien tenga ojos no vea y el que tenga oídos no escuche, si a ello le conduce su dureza.

Por ello, quizá, María, Reina de Cielos y tierra, quiso, una vez más, revestir su aviso en las formas que podemos llamar clásicas, puesto que las manifestaciones cósmicas quedaron reservadas para aquellos testigos de los que sólo nos ha llegado su testimonio.

Formas, en definitiva, como en Lourdes, como ya antes se había manifestado tantas veces, singularmente en el Medioevo, poblando a nuestra Europa de una constelación de Santuarios en los que, para mayor humildad (o para exacerbar la costumbre de la crítica), parece complacerse en repetir el escenario: aquí un buey que escarba la tierra en búsqueda de una Imagen, allí un rebaño, más allá un cazador.

Aquí, en Fátima, en país subdesarrollado, pero en época —aparte la Guerra— de industrialismo creciente y absorbente, se complace en repetir el escenario que turbará a aquel que tenga ojos y no quiera ver. Unas miserables criaturas desaliñadas (en un ambiente sin la más mínima nota bucólica ni romántica), que quizá ni a auténticos pastorcillos llegaban. ¿Es que la pobre y estéril tierra portuguesa da siquiera para rebaños? ¡Por lo menos Lourdes y la Salette son países verdes y poéticos, llenos de ambiente y de tradición!

Pero, a Portugal, al Portugal hambriento y desaliñado,

¿quién va a tomarlo muy en serio? Quedaba tan lejos —en aquel entonces, sobre todo— de los grandes países del Mundo.

Y, sin embargo...

Y, sin embargo, Fátima, con renovada autoridad, aun cuando nos limitemos al aspecto, digamos puramente piadoso, de esta nueva llamada de María, está situado en 1917. Y allí la Virgen nos da una primera sorpresa (que ahora nos parece natural, pero que es pasmosa): nos habla de la conversión de Rusia... antes, propiamente, que estalle la Gran Revolución, cosa que no sucedió hasta octubre. Nos dice esto María cuando aún en el mundo occidental se creía —mayo de 1917— que la caída del Czar era poco más que un simple —e incluso bienvenido— movimiento del que había de surgir, en definitiva, una nueva democracia más, al estilo de la época.

Y, sin embargo, Fátima se sitúa cuando va a estallar la Revolución más grande de todos los tiempos. Coronación, es cierto, de la Francesa, puesto que en la Historia todo, en definitiva, se encadena, no pudiendo salir nada absolutamente nuevo: nihil novum sub sole. De otra manera no sería humana. Pero marcando tan profundos cambios, tan novísimas esencias que bien puede afirmarse existir más distancia desde 1917 a 1789 que la que hubiera desde 1789 a la caída del Imperio Romano. 1789, aun y con la guillotina, suprimió coleta y polvos, pero los sustituyó con levita y fracs. 1917 nos trajo, definitivamente, la gorra del proletario, que rehusa dejarse sustituir con nada, porque es la arrolladora socialización y transformación de la misma humanidad.

Y, sin embargo, Fátima se sitúa cuando la vieja Europa (hasta entonces dueña del Mundo, bien que en guerra consigo misma), basada en estas dos grandes columnas que habían sido sus colosales Instituciones —el Ejército alemán en tierra, la Flota británica en el mar, ambas con sus vistosos uniformes—, vio, atónita, un espectáculo quizá aún más chocante que aquella antes citada gran Revolución: otra Revolución, de otro género. La llegada, desde América, de generales —y generales que, además, habían, con el tiempo, de demostrarse aptísimos— en mangas de camisa y que, en mangas de camisa, habían de dirimir las disputas presididas hasta entonces por cascos de punta, condecoraciones, cruces, entorchados y monóculos...

Y, sin embargo, Fátima está situada cuando esta vieja Europa, hasta entonces dueña del mundo a través de sus

colonias, pierde su prestigio, al que le han abocado sus crímenes patrióticos —esta idea de Patria, propia del liberalismo egoísta, suprema expresión del orgullo humano, y que por paradoja la convierte en el Moloch de los siglos XIX y XX, ante la cual se justifican todos los atentados y matanzas guerreras—. Aquellas tropas de color, que el patriotismo francés, sobre todo, llamara a Europa, para enfrentarse con el patriotismo alemán, expresiones ambas de desatentada soberbia, ya no debían regresar a su jungla con la resignación de antes... Habían visto que la raza blanca era una fanática de este mito, de este ídolo que llaman Patria, y que antepone al mismo bien y al mismo mal. Y ella también se hizo su patria. Era lógico. Y se inició la emancipación de las razas de color (de otra parte, bien venida, ya que es una manifestación de la igualdad de las razas, como ha proclamado siempre la Iglesia). Pero, con ello, 1917 anunciaba esta nueva y grande transformación del mundo, cuyo mayor fenómeno, entre todos ellos, ha sido el del renacimiento de la conciencia del Extremo Oriente, con sus miríadas de seres humanos, y con estos grandes misterios que llamamos Japón y China...

Y, sin embargo, Fátima está situada cuando, allí en las aulas universitarias, las nuevas matemáticas, la nueva Física de Einstein, destierra a la clásica de Newton, y, en los modernos laboratorios, los recientes descubrimientos de Curie vienen ya definitivamente consagrados. Bastará un cuarto de siglo para llegar a la Era Atómica...

Hasta 1917 sólo habla de la Luna Julio Verne. Cuarenta años más tarde solamente —se hubiera creído una locura— el cohete ya era una realidad.

Fuit homo Missus a Deo...

Todos los hombres buenos han sido enviados por Dios. Si suena a pedantería, alguna vez, hacer esta afirmación en algún caso concreto con pretensiones universales —lo que debe reservarse, desde los tiempos de Juan, el Bautista, a un Don Juan de Austria, a un venerado Juan XXIII—, puede, con la debida circunspección, aplicarse, sin embargo, piadosamente, a los casos particulares en los que vemos patente la intervención de la Providencia en nuestras pobres y privadas vidas. ¿Es que el Sol no brilla igualmente para refulgir en los montes del Himalaya, como para dar vida a la humilde violeta del campo?

Salvadas las distancias (pero en el fondo la misma Providencia), ¿también nosotros —desde esta humilde y cuidada Revista— podemos, sin pedantería, referir este “fuit homo...” a nuestros bienhechores, y, en primera línea, a aquel que fue el primero, nuestro Maestro y fundador? Sí. Nosotros también hemos sido favorecidos, en nuestro modestísimo ámbito, en un rincón intrascendente de esta inmensa Barcelona, por el Padre que nos ha mandado esta Providencia divina, Y que, de un modo especial, gustamos y aprovechamos (ya que no para la ciencia, por lo menos para la vida espiritual) nosotros,

los viejos de CRISTIANDAD. Habrá comprendido el lector que nos referimos al recuerdo entrañable del Padre Ramón M. Orlandis, del que pronto cumplirá la década de su tránsito.

Éste fue nuestro Padre, que, como tal, nos quería. Y a nosotros, los viejos de esta Casa, nos toca transmitir su legado a los jóvenes, legado que, ante todo y sobre todo, era el de un corazón paterno. En el recuerdo del P. Orlandis, esto debe primar sobre todas las demás cosas, incluso sobre su ciencia y sus enseñanzas. Ante todo, su corazón. Y de su Legado, dos herencias, que éstas sí son absolutamente indiscutibles: El piadoso amor y devoción al Corazón de Cristo, la primera. La Teología de la Historia, la segunda.

También fue hacia 1917 (coyuntura misteriosa) que el Padre se sitúa en Barcelona. Cumplen los cincuenta años. Ya no queda nadie de entonces, por lo menos como testigo personal; mas sí quedamos algunos de los de poco tiempo después.

“...Y al vislumbrar al Espíritu Creador que se cierne sobre las turbias aguas...”

Y el Padre nos enseñó.

“Schola Cordis Iesu” y “Cristiandad”, dentro de su cordedad, son su fruto. La semilla cayó... en tierra harto pobre, es verdad, incapaz no ya de dar un ciento, sino siquiera un tanto por uno. Pero no por ello ingrata; no por ello desagradecida.

Y un día —aún lo recordamos— sentimos el gran estremecimiento. Hoy le llamáramos un “shock”. ¿Por qué no un “shock” espiritual?

Quizá fue el día más grande entre todos los que pasamos rodeando a nuestro Padre. Un momento en que, como inspirado, nos dio a leer unas líneas —que no serán desconocidas de nuestros lectores, por cuanto las hemos reproducido más de una vez, y que sonaron en aquel cenáculo de jóvenes con el estampido del cañón y retumbar del trueno. Eran los párrafos finales de “La Soberanía Social de Jesucristo” y de las “Esperanzas de la Iglesia” del Padre Ramière:

“... Este trabajo de aproximación, cuyo plan habían trazado las conquistas del Imperio Romano y que las expediciones de los navegantes van perfeccionando incesantemente de tres siglos acá, lo presentaba de Maistre en su completo desarrollo, merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento, y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la grande obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.”

“De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad; pero se había hecho cargo, por una especie de intuición, de la fusión material de los pueblos gracias a la cual estos dos poderosos motores tanto han facilitado su fusión moral. Ya en su tiempo

veía operarse esta fusión por medio de las revoluciones políticas y el conocimiento muy extendido de los diversos idiomas." Añadid, decía a su interlocutor de S. Petersburgo, añadid que los más largos viajes han dejado de asustar a la imaginación, que todos los grandes navegantes son europeos; que el Oriente entero cede manifiestamente al ascendiente de Europa; ...y podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, engañase muchas veces respecto del fin y de los medios, de su fuerza y de su resistencia, de los instrumentos y de los obstáculos. Unas veces quiere hendir una encina con un cuchillo, otras lanza una bomba para quebrar una caña; pero la Providencia va recta a su fin, y no en vano agita al mundo. Todo anuncia que marchamos hacia una grande unidad, a la cual, valiéndose de una expresión religiosa, hemos de saludar de lejos. Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulverizados; mas si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación" (Veladas de S. Petersburgo, 2.º).

"Este modo de ver tan animoso, ¿es en realidad

opuesto al de Donoso Cortés? No; es únicamente distinto y quizá más completo, al menos en su expresión. Todos los signos del fin del antiguo mundo que llaman la atención de Donoso Cortés, de Maistre los ve como él; pero él ve además los signos de la creación de un mundo nuevo. Empleando una de sus expresiones, ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en borrar la página que la razón humana, sublevada contra la fe, se ha ocupado en escribir por espacio de tres siglos; pero la ve al propio tiempo dispuesta a escribir sus propias obras en esta página anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: 'Enviaréis a vuestro Espíritu, y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra'."

Y estas líneas condensan toda la Teología de la Historia.

LUIS CREUS VIDAL

UN ANGLICANO JUZGA LA IGLESIA

La France Catholique del 3 de febrero publicó la traducción de un artículo publicado por el Times, redactado por un anglicano.

Pertenezco a aquellos que no dejarán nunca la Iglesia Anglicana, a menos que no sienta una llamada muy fuerte; pero siempre he considerado que la Iglesia de Roma es una sólida consolación. Por lo menos así era hasta ahora. Hoy ya no estoy tan seguro. Las tentativas de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica para enfrentarse al mundo moderno han sido, en gran parte, inquietantes.

Desde el punto de vista de un anglicano, que siempre ha mirado a la Iglesia de Roma como la roca maciza e inmutable de la que todos hemos sido tallados, algunas de las ideas que actualmente se propagan en el seno de esta Iglesia, son alarmantes. Parece que hayan inquietado al mismo Papa. Pocos de entre nosotros saben que en el seno de esta grande ciudadela de la fe —así la vemos nosotros— hay sacerdotes y religiosos que ponen en entredicho las doctrinas de la resurrección de Cristo, la presencia real en la Eucaristía y el nacimiento virginal. El Papa Paulo VI ha hablado recientemente, y en varias ocasiones, de sus ansiedades. Ha habido la carta del Cardenal Ottaviani a los obispos. Ha habido la advertencia del Papa a la Compañía de Jesús.

¿Se producirá en Roma lo que se produjo en el Protestantismo? ¿Ha comenzado también el terrible deslizamiento de la fe del Credo? No es que las creencias

del cristiano quedaran fijadas en el curso de los primeros siglos para no cambiar jamás. Hay el desarrollo sobre el que Newman escribió. Sería natural que nuevas verdades nacieran del depósito original. Un proceso de crecimiento puede ser comprendido y bien acogido. Pero lo que es más corriente en la época moderna podría más bien ser llamado disminución. La fe es más disminuida que aumentada. Uno a uno, los pilares de la Cristiandad derribados: el nacimiento virginal, la resurrección, los milagros. Se nos deja con Dios, no como creador y padre, sino como una abstracción, "la base de nuestro ser".

Si Roma también se dirige hacia la "desmitificación" y la búsqueda de la "luz interior" que ha llevado tan lejos a algunos teólogos protestantes, perderá así el secreto de su fuerza en el mundo moderno. Cuando, cada vez más, el mundo moderno no sabe ya en qué creer, la fuerza de la Iglesia es la adhesión a la antigua fe.

La Iglesia de Jesucristo es infalible. Nunca traicionará. Pero la impresión de nuestro hermano anglicano no deja por ello de tener una base objetiva. Es el desfallecimiento, oculto aquí, público allá, de demasiados hijos de la Iglesia, que al ponerlo todo en duda olvidan lo *Unum necessarium*... A pesar de tantas frases tranquilizadoras.

BERTOLT BRECHT, UN PESIMISMO ESENCIAL

Así descarnadamente esencial, sustancialmente pesimista. Así nos aparece Bertolt Brecht en "La bona persona de Sezuan" (presentada en el Teatro Romea por Ricard Salvat). Pesimista sin atenuantes ni paliativos. La risa dolorosa y sarcástica más opuesta a la oronda glotonería rousseauiana satisfecha de las cosas.

Porque he aquí que nos encontramos instalados incómodamente frente a un autor marxista. El autor que sería ser bueno, le agrada en el fondo el idilio, diríase un samaritano que sueña con la fuente viva de la misericordia. Y de pronto experimenta, y nos hace sentir, y nos da con ello en el rostro, porque nos dice que la misericordia y la dulzura han fracasado sobre la tierra y que sólo cabe subsistir en ésta —*homo hominì lupus*— a pura dentellada de ferocidad.

Reconozco el valor que para la historia del teatro barcelonés tiene la presentación de la obra de Brecht. Me declaro admirador de Ricardo Salvat, su escenificador. Pero como cristiano no puedo dejar de oponer mis reparos. ¿Qué impacto le producirá al público, a un sector del público, esta formidable obra destructiva de Bertolt Brecht? Reconozcamos que hemos salido de ella con una duda en el alma. ¿Renunciaremos a nuestros ideales de bondad? Eso es inconcebible, no pueden arracárnoslos. Pero la crítica que Brecht realiza tiene sus más y sus menos, y sus facetas, y sus matices, y es irisada, y polivalente.

Hablemos más claro. No es el azar, no, que la protagonista Xen Té se metamorfosea, oportunamente, en su primo Xui Tá siempre que lo exigen las circunstancias. Porque en realidad esta transformación, este disfrazarse, su necesidad, la dualidad y una dialéctica interna (dramática) es toda la tesis de Bertolt Brecht, escritor marxista. Su personaje, al cambiar de vestido y de figura, cambia de personalidad y de ética. Su personaje es un personaje de dos caras. Brecht parece invitarnos a vivir con dos almas, a tener dos posturas, dos éticas y dos rostros, lo mismo que nos ponemos —ahora uno, ahora otro, según nos conviene— dos trajes distintos. Xen Té es tan pronto ella misma. Tan pronto, cambiando marabálicamente de traje, su feroz primo Xui Tá. Y si Xen quiere ser, para Brecht (así nos parece) la representación de la *Weltanschauung* cristiana, Xui Tá es el símbolo del materialismo histórico. Xui Tá es la ferocidad, el pragmatismo a rajatabla, la moral del comunismo o del capitalismo, la exigencia brutal de la lucha sin cuartel para movilizar la tierra.

Creemos asistir a una verdadera guerra civil. Pero ahora una guerra civil entre dos almas: la bondad, el alma cándida, y el alma egoísta, dispuesta a sobrevivir, feroz, porque sin ferocidad se desaparece tragado por el egoísmo del ambiente circundante.

El tema es simple: una desventurada, que al recibir una ayuda en dólares de los dioses (tres caricaturas traídas por Brecht al escenario, no con la mejor intención) puede regenerarse comprando un estanco. Pero la práctica de una caridad —que aparece ridiculizada, y que no es tal porque olvida el deber de la caridad propia— la hace rodar de fracaso en fracaso, hasta instalarse en el filo de la ruina. Sólo cuando se metamorfosea, es dura, exigente y agresiva, trata mal a los demás, sólo entonces —insisto— alcanza sus propósitos, da cima a sus empeños.

La ideología de Brecht, presentada descarnadamente, con la desnudez de su técnica teatral, pretende —como he observado— arremeter contra la concepción cristiana de la vida. Un vivir sometido a los mandamientos, a las normas de los dioses (aquí el plural es ficticio, hipócrita) es prácticamente irrealizable. No porque el destino persiga a la protagonista, como en la tragedia griega, sino porque lo hacen imposible las estructuras de una sociedad injusta.

Pero la obra de Brecht, a la que reconocemos sus fuertes valores estéticos, adolece de arbitraria tergiversación de criterios. La imagen de la bondad que nos procura es una sensiblería extremosa, desatada, histérica, impulsiva. No es el bien, la bondad con mayúscula. Es su parodia, es su sombra. Xen Té peca por carta de más, por carta de demasiado. Eso no es virtud. Eso es una ingenua desfiguración de la virtud. Es caer en el lazo, dejarse atrapar, prescindir de la mínima prudencia. En esta santa tergiversada de la obra de Brecht falta enteramente la primera de las virtudes cardinales. Xen Té cae en el desvarío. Su generosidad es prodigalidad. Su efusión afectuosa bobería.

Y eso sí que esta desfiguración del Cristianismo —cuya Divinidad ha sido escarnecida— puede conducir a la catástrofe. Por la pendiente de una santidad mistificada —de una seudosantidad— se rueda al abismo de la lucha por la vida —expresada por lo demás magistralmente.

La requisitoria carece así de base. Es una acusación contra algo que no es cristianismo, a lo más contra un estado místicoide o alucinado. Pero el desenlace es abrumador. Un nihilismo moral. La ético se desmorona como un castillo de naipes.

El impacto puede desconcertar a un sector del público que no tiene malicia y que no tiene tiempo suficiente para discernir entre la realidad y su ficción. Porque la intensidad dramática, y las estructuras técnicas son un acierto, así como la interpretación a la que hemos asistido con gusto, pese a su trasfondo de desesperación o de marxismo.

FRANCISCO SALVÀ MIQUEL



CARTA DE UN SEGLAR HOLANDES A SUS COMPATRIOTAS PROGRESISTAS

Señores: En pocos años habéis logrado acaparar la dirección de nuestras obras y organizaciones católicas. Habéis sometido la prensa a vuestro imperialismo. Monopolizado la radio y colonizado la televisión católicas. Todos los poderosos medios de predicación evangélica, de enseñanza religiosa y de comunicación social están a vuestro servicio exclusivo.

Igualmente habéis invadido nuestras universidades, nuestros liceos, nuestros colegios y consejos eclesiásticos; os habéis hecho nombrar capellanes del ejército y de la juventud; las asociaciones culturales y los sindicatos profesionales han sido corrompidos desde su núcleo por vuestros afiliados.

También habéis logrado franquear la clausura de los conventos, infiltraros en las órdenes y congregaciones religiosas y ocupar cátedras en nuestros seminarios.

Una vez en posesión de puestos clave, habéis empezado vuestra obra de subversión.

La juventud y la adolescencia holandesas están pervertidas por vuestra demagogia desvergonzada; la inteligencia cristiana está infectada por vuestro materialismo dialéctico; el pueblo de Dios seducido por vuestro lenguaje lleno de equívocos y de medias verdades.

Para vosotros nada es santo, ni la Biblia que alteráis, ni la Tradición que aborrecéis, ni la autoridad que rechazáis. Relativizáis las verdades eternas y giráis en doctrina absoluta

vuestras opiniones personales. Separáis la moral del dogma, reemplazáis la ley natural por una regla de placer y confundís sistemáticamente dogmática y teología.

Confundiendo así el orden especulativo de la doctrina con el orden práctico de la santificación, racionalizáis los misterios e introducís la anarquía en la liturgia sacramentaria. No celebráis la Palabra sino vuestras palabras y cambiáis la mística por vuestras vociferaciones vernáculos. De la excepción hacéis la regla y de las medidas generales casos particulares. Declaráis obligatorio lo que no es más que algunas veces permitido; permitís aquello que aún está prohibido y hacéis facultativo lo que no lo es.

En vuestro fanatismo vernáculo habéis desconocido esta ley de la etnología y de la lingüística: que a través de todas las alteraciones que el extravío del espíritu humano le ha hecho sufrir, el homenaje rendido a la Divinidad en lengua hierática, siempre y en todas partes constituye el fondo de la naturaleza humana; ignoráis a sabiendas que para sus relaciones con Dios el alma exige naturalmente un lenguaje sacral, hierático, no vernáculo.

De la Santa Misa hacéis un curso de instrucción teológica moderna, o bien una reunión espectacular donde la "vedettomanía" y los altares al revés, el Sacrificio de Cristo. A cada instante invocáis algún "retorno a las fuentes" sin saber que si el estudio de la arqueología cristiana ha

aportado alguna certeza, es precisamente la de que no se puede afirmar nada con certeza en esta materia de resurgimiento litúrgico.

Al amparo de experimentos sin cesar renovados, ensayáis borrar la frontera que decís arbitrariamente trazada entre el clérigo y el seglar, como entre las funciones eclesiales antes reservadas a los hombres o a las mujeres. Y lleváis vuestra enfermedad progresista hasta el punto de alistar monaguillos-niñas, considerando que ayudar en la mesa eucarística puede ser una útil preparación a la Función (sacerdotal) que, decís vosotros, no tardará en abrirse ante ellas.

Vuestra imitación guitarrizada del santo gregoriano, vuestras danzas sagradas y vuestros coros cantando necesidades vernáculos, dan náuseas. Vuestras transposiciones del latín venerable son desdichadas y chapuceras; vuestras traducciones mutiladas y doctrinalmente erróneas: uno resiste difícilmente el deseo de azotaros con el apóstrofe que san Basilio dirigió al cocinero imperial, que, él también, se ponía igualmente a traducir que a cocinar berzas: "*Tuum est de pulmento cogitare, non dogmata divina decoquere*", lo que san Francisco de Sales traducía así: "Preocupaos de vuestras salsas y no de cocinar la palabra divina".

En la administración de los santos Sacramentos ensayáis una socialización que consiste en realzar el valor social del signo exterior (*sacramentum tantum*) y negligís la realidad significada "*res*". Y olvidáis que en el orden de nuestra santificación no se trata de "conocer", sino de "ser" y de reformar nuestro corazón. Incluso no sabéis ya que el signo sacramental no opera en tanto que es signo sino en tanto que es sacramental, es decir en tanto que es el instrumento del cual se sirve Cristo para santificarnos.

En materia de doctrina la situación no es mucho más brillante. Dogmatizáis sin reserva ni restricción que el hombre desciende del mono; y para vosotros la inmortalidad del alma no tiene ninguna sig-

nificación. No hay, decís vosotros, ni pecado original ni pecado mortal personal. El bautismo no es más que una iniciación simbólica y el sacramento de la Penitencia es para vosotros una diversión pública especialmente buscada por los jóvenes adolescentes ávidos de sensación. Suprimís la creencia en los milagros y no creéis ya ni en los Ángeles, ni en el infierno, ni en el purgatorio.

Combatís tanto la indisolubilidad del matrimonio como el celibato consagrado a Dios. Los consejos evangélicos de obediencia, de pureza y de pobreza son objeto preferido de vuestras ironías. Llamáis al culto de los santos el residuo de una mitología ancestral y calificáis de género literario la resurrección de los muertos.

Para el Vicario de Cristo no tenéis más que sarcasmos y palabras de desprecio. Impugnáis su poder y la dignidad de su función. Irónicamente, pero con todas vuestras diabólicas fuerzas, empujáis a nuestros Obispos a proclamar en los Países Bajos la Iglesia católica autocéfala que no profesaría ya:

—El gran Misterio de la Santísima Trinidad, del que no queréis oír hablar más;

—La transubstanciación, de la que

hacéis una transignificación o una transfinalización;

—La presencia Real de Cristo en el santo sacramento, de la que hacéis una presencia simbólica;

—La Divinidad de Cristo que pretendéis haber desmitificado;

—La Resurrección y la Ascensión de Nuestro Señor, que según vosotros son mitos para adultos;

—Los Dones del Espíritu Santo que según vosotros son fábulas para niños.

No es necesario, señores, tener el don de profecía para predecir que vuestras tentativas de pervertir las almas de cinco millones de católicos neerlandeses están destinadas al fracaso. Pues entre todas vuestras negaciones de dogmas está vuestra negación de la Virgindad de la Santísima Virgen. *Esto será vuestra perdición.* Desde entonces nuestros fieles, antes de asistir a cualquier manifestación litúrgica, exigen por parte de sus pastores que confiesen esta virginidad que vosotros atacáis. Desde el principio de la humanidad se nos hizo la promesa de que Ella aplastará vuestra serpiente.

(...)

Probáis de destilar vuestro odio hacia la Santísima Virgen y vuestro desprecio de la verdadera Iglesia y

de su Jefe en el espíritu de nuestros jóvenes cuando escribís en las publicaciones que les están destinadas y que habéis provisto de un oficialísimo *imprimatur* estas líneas: "Durante la sesión de Clausura (del Vaticano II) el papa (sin mayúscula) ha hablado durante media hora de María como madre (sin mayúscula) de la iglesia (sin mayúscula). Ciertamente hay que respetar las devociones personales (*sic*), pero si hay algo evidente es el hecho de que en este momento la iglesia precisa mucho más de un padre vigoroso que de una madre. El interés por asunto tan fuera de lugar (*resic*) que el papa muestra por el lugar de María, madre de la Iglesia, ¿no indica que este papa estima que no ha llegado todavía el tiempo de que la iglesia abandone los lazos de su infancia por la pubertad de un emocionante encuentro con su compañero, el mundo?"

Por nuestra parte, señores, pensamos con todo el pueblo católico de los Países Bajos que es infinitamente mejor escuchar a "la Jerarquía Antiguo-Régimen" (Old-Time-Hierarchy) y hacer nuestras sus "devociones personales" que leer la prosa delirante y personalísima de cualquiera de vosotros (...)

JEAN VAN DER STUAP

(De *La Pensée Catholique*, núms. 104-105, dic. 1966)

En un apéndice a esta carta publica también La Pensée Catholique unos extractos comentados del nuevo Catecismo holandés para adultos, en atención a precisar su pensamiento sobre algunos puntos, tales como: el origen del hombre, el alma humana, el pecado original, el pecado personal, los milagros, la Santa Eucaristía, la regulación de nacimientos, la Santísima Trinidad y la virginidad de María, de los que, a título documental, damos a conocer los dos últimos.

El mayor misterio de nuestra fe católica no es mencionado en el índice del catecismo. Es casi como en apéndice que se encuentra en las cuatro últimas páginas que preceden inmediatamente a este índice, consagradas a la Santísima Trinidad. Y aún se buscaría en vano la exposición doctrinal de la inhabitación en el alma del cristiano. Además se habla de la Santísima Trinidad en forma bastante curiosa.

"Tememos describir en pocas palabras el misterio de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu. Lo tememos porque sabemos que para conocer a Dios no podemos dejar el lugar en que nos puso la revelación: la vida ordinaria, el mundo de los hombres. No podemos elevarnos a las alturas insondables pues quizá la imagen de tres círculos entrelazados se fijaría al instante en nuestra imaginación. O bien nuestros pensa-

mientos se perderían inmediatamente en la combinación de las cifras uno y tres y perderían así la riqueza bíblica de esta rebelación. Ni la misma Escritura emplea jamás la palabra "tres" para hablar de este misterio, tampoco los doce artículos o el credo. Lo que no quiere decir que por esta razón debamos evitarlo. Es sin embargo una advertencia para no precipitar el uso de una fórmula breve allí donde está anun-

ciado el misterio que hasta tal punto lo contiene todo.

"En la enseñanza catequística destinada a los niños se llama la atención en nuestros días primero sobre el Hijo y sobre la manera que Él habla del Padre y ama al Padre. En Pentecostés se menciona el Espíritu que ellos envían. Sólo tras algunos años oye la palabra Santísima Trinidad.

"Y sin embargo dudamos en tratar este misterio bíblicamente. Después de todo un libro, en que todo hablaba del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo un "tratado" de algunas páginas colocaría demasiado al margen este misterio" (p. 584/585).

Las sugerencias malsanas, los equívocos y la ausencia de afirmaciones se hacen sentir en la parte consagrada a la Santísima Virgen particularmente en cuanto a su virginidad. Júzguese de ello.

"El Antiguo Testamento explica a menudo como por las súplicas se obtuvo de Dios el nacimiento de grandes hombres. Tras deseos, oraciones y promesa de Dios la comunidad conyugal de personas hasta

entonces estériles, obtenía un hijo. Así los patriarcas de Israel, Isaac y Jacob; así también Sansón y el hijo de la casa de Acaz que fue el signo de la fidelidad de Dios en tiempos peligrosos. Así todavía Juan Bautista. De estos relatos resalta particularmente lo que vive en toda paternidad: que un nuevo ser humano (único cada vez) es por fin obtenido de Dios. Los padres "obtienen" un hijo, más bien que lo "hacen" como dice tan justamente nuestro lenguaje corriente.

"Jesús es la cima de todos los hijos de promesa de Israel. Cuando vino al mundo había sido implorado por todo un pueblo, prometido por toda una historia. Hijo de promesa como ningún otro. La admiración más profunda de toda la comunidad. Nació enteramente por gracia, enteramente por promesa "concebido del Espíritu Santo" (1). El don de Dios a la humanidad.

"Es lo que expresan los evange-

(1) Aquí se impone una nota pues el texto neerlandés oculta un monstruoso equívoco. Por una parte debemos resaltar que el término "ontvangen", participio pasado del verbo "ont-

listas Mateo y Lucas cuando anuncian que Jesús no nació por la voluntad de un hombre. Anuncian cómo este nacimiento sobrepasa, infinitamente más que el de cualquier hijo de hombre, todo aquello que los hombres son capaces de hacer por sí mismos. He aquí el sentido profundo del artículo de la fe: "nacido de la Virgen María". No hay nada en el seno de la humanidad, no hay nada en la fecundidad humana que sea capaz de engendrar Aquel del que depende toda fecundidad humana, todo el porvenir de nuestro género, pues en Él todo ha sido creado.

"Este Prometido, el mundo no lo debe finalmente a nadie más que al Espíritu de Dios" (pág. 89-90).

vagen", puede traducirse tanto por "recibido" (obtenido) que por "concebido" (engendrado). Por otra parte debemos resaltar que desde el punto de vista gramatical este término debe relacionarse con el antecedente "El", pero que toda la proposición colocada entre comillas por los autores es aquella por la cual es expresada la concepción de Jesús por María. En resumen: no podemos saber (en neerlandés, pues en castellano hay que escoger entre "recibido" y "concebido") si los autores quieren decir que María *concebido* su Hijo del Espíritu Santo o bien lo "recibió" del modo como los grandes hombres de Israel fueron obtenidos.

(Viene de la pág. 31)

P
A
S
C
E
N
D
I
E
N
C
I
C
L
I
C
A

... Por ello, Venerables Hermanos, no es de maravillar que los modernistas ataquen con extremada malevolencia y rencor a los varones católicos que luchan valerosamente por la Iglesia. No hay ningún género de injuria con que no los hieran; y a cada paso les acusan de ignorancia y de terquedad. Cuando temen la erudición y fuerza de sus adversarios, procuran quitarles la eficacia, oponiéndoles la conjuración del silencio. Manera de proceder contra los católicos tanto más odiosa cuanto que, al propio tiempo, levantan sin ninguna moderación, con perpetuas alabanzas, a todos cuantos con ellos consienten; los libros de éstos, llenos por todas partes de novedades, recibidos con gran admiración y aplauso; cuanto con mayor audacia destruye uno lo antiguo, rehúsa la tradición y el magisterio eclesiástico, tanto más sabio lo van pregonando. Finalmente, ¡cosa que pone horror a todos los buenos!, si la Iglesia condena a uno de ellos, no sólo se aúnan para alabarle en público y por todos los medios, sino que llegan a tributarle casi la veneración de mártir de la verdad.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Marzo 1967

GENERAL:

Que los fieles conozcan con mayor profundidad el Misterio Pascual y lo vivan intensamente.

MISIONAL:

Que los Misioneros se preparen sólidamente a todas las exigencias de la vida espiritual y de la obra apostólica.